

LOS DEBATES

REVISTA QUINCENAL

ÓRGANO UNIVERSITARIO

Año III - 3ª Época

Montevideo, Julio 15 de 1898

Tomo III—N.º 10

LA LLUVIA

Decididamente, estamos viviendo, desde hace algunos días, en un mundo que no es el nuestro, porque, como nadie ignora, no está el hombre organizado para respirar una atmósfera que, cuando no es de vapor de agua, es de agua pura, así, así, . . . como cae del cielo!

Si la adaptación al medio es una ley inexorable, no deberá asombrarnos que, cualquier día de estos, nos levantemos completamente transformados, con el cuerpo comenzándose á cubrir de escamas, respirando por bronquios, y con nuestros pulmones convertidos en vejigas natatorias; en una palabra nos hallaremos metamorfoseados en peces.

Desde hace días no se oye hablar de otra cosa que del tiempo. Las conversaciones son verdaderamente acuáticas. ¡Jesús, que tiempo! es la exclamación que está en todas las bocas. ¡Que aguacero! ¡Que humedad! se siente decir por todos lados.

El espíritu, destilando agua, que habrá penetrado hasta él, tal vez por infiltración, no piensa más que en el agua que cae, y si algún otro pensamiento surge de la inteligencia, convertida en esponja de tanto absorber agua, son pensamientos pobres, débiles, homeopáticos; son como los productos farmacéuticos de boticas semifundidas: poca sustancia disuelta en mucho protóxido de hidrógeno, como diría alguno que conozca química.

Pero, hablando en serio, causa alarma este tiempo lluvioso. Si no me equivoco en

las cuentas, hace ya una semana que vivimos en el agua, abrumados con la pesadilla constante de vernos envueltos en una inundación.

Conozco una vieja, llena de agüerías, con más supersticiones que años (y eso que cuenta cerca de noventa)—Es una vieja digna de oírse—Cree en los sueños; se aflige si oye llorar un perro; tiembla si siente el graznido de una lechuza; se regocija si al abrir de mañana la ventana que da á la calle, lo primero que ve es un jorobado, y se atemoriza, hasta el punto de desmayarse, si inmediatamente ve un cura;—baila de contento si le tiembla el ojo izquierdo, y llora si el que tiembla es el derecho;—en fin es un oráculo andante donde todos los hechos tienen su interpretación misteriosa—Pues bien, á esta vieja se le ha dado en decir que lo que hoy sucede son consecuencias, efectos de la época—«En mi tiempo, me decía—no llovía nunca más de dos días seguidos—También entonces todo era decencial—Hoy el vicio todo lo invade y hasta el tiempo, contaminado, comete indecencias como esta de llover una semana seguida.»

«Mire—me decía la vieja—ya le he dicho que yo creo en los sueños, y no se ría porque siempre me salen ciertos. La vez pasada, hará de esto. . . cincuenta años, más ó menos, soñé con unas uvas negras hermosísimas, y mire Vd. á los pocos días murió el finado Frasquito, que llevaba el pobre cinco años de cama, y á quien Dios tenga en la gloria—Los sueños son presagios—continuó la vieja; si veo aglomeración de gente, seguro que se me ha de calumniar, y vea Vd. ahora ¿querrá Vd. creer que hace un par de meses soñé que veía

un camino totalmente encharcado? Como Vd. sabe eso significa lluvia próxima, y ya vé ¿qué me dice usted ahora?

Sea ó no cierto lo que decía la vieja, lo que es más cierto aún es que llueve que es un primor. Las calles se hallan convertidas en arroyos, las plazas en lagunas, y cualquier mortal, sin gastar dinero en vapores y ferro-carriles, puede ver una pequeña Venecia con trasladarse hasta *Galicia chica*. Sólo se expone á mojarse los piés y á tomar un constispado como para entretenerse un par de meses.

Desde hace una semana, si uno se asoma al balcón, no vé por la calle más que jente con paraguas, ó mejor dicho paraguas con jente, porque el vientito que, «para amenizar el acto», se solaza de vez en cuando, ensayando las fuerzas de sus pulmones, hace que los paraguas conduzcan, muchas veces, á las personas, en vez de ser conducidos por ellas.

Son meras conversiones, de oraciones, de *activas* en *pasivas*, ni más ni menos como se hacían en las clases de latín, en tiempos que ya se fueron.

Los paraguas, pues, son los únicos que viven en absoluto regocijo. Así lo dejan entrever, si observamos atentamente los saludos afectuosos que se cambian cuando se cruzan por las calles. Algunos de ellos se hallan tan dominados por la alegría que les causa este tiempo, que, cuando doblan una esquina ¡paf! se le dá al señor paraguas por ensayar sus condiciones de acróbata, probando sus músculos entumidos, y sin más hace una flexión, se estira luego á la plancha, y ahí se queda haciendo hacer un papelón á la persona que lo conduce; y si á esto se añade que al pobre prójimo se le vuela casi siempre el sombrero, que se la da también por hacer travesuras, ahí lo tenéis, con el paraguas dado vuelta, el sobretodo agitándose furioso, los pantalones dragoneando de banderas, el pelo en desórden, el cuerpo arqueado hácia adelante, dando vueltas co-

mo barco que no obedece al timón, mientras el viento se entretiene en pegarle una rechiffa, y el agua cae sobre sus espaldas con la profusión de una bendición celestial. Dar vuelta una esquina, con un paraguas abierto, en un día de lluvia y viento, es una maniobra tan peligrosa como hacer virar un barco en un día de borrasca. El que conduce el paraguas, debe tomar tantas precauciones como el capitán del buque, porque sinó se expone á hacer un papel triste un papel muy poco *psucht*.

Bloqueado por el agua, aburrido de observar las cuatro paredes de mi cuarto, me atreví hoy á abrir la ventana y asomar las narices á la calle para ver el cuadro de la ciudad en un día de lluvia.

La calle es un verdadero charco. Contra una y otra vereda de ambos lados, el agua ha tomado las proporciones de verdaderos arroyos. En las esquinas, las corrientes de agua que se cruzan, forman pequeños torrentes, turbios por las basuras que arrastran.

Las pocas personas que pasan, refugiadas las unas bajo el paraguas, parecen, observándolas desde arriba, grandes tortugas protegidas por sus conchas. Claro es que, estando la ciudad convertida en un pantano, sean sus habitantes tortugas!

Otras, se han largado á la calle sin paraguas, y ahí van, arrimadas á la pared, buscando protección bajo los balcones y haciendo pininos cuando tienen necesidad de cruzar la calle.

Los pilluelos, arremangados hasta la rodillas, con la cabeza y espaldas cubiertas por una bolsa, pasan hechos unas sopas, sin meter bullicio, y silbando, cuando mucho, alguna marchita callejera, de esas que repiten á diario los organitos que andan por las calles.

Las casas, las que tienen el frente pintado al fresco, parecen que se les concluye de dar una mano de pintura, y el agua, á fuerza de penetrar, pone muchas veces en claro algun letrero que existía en el frente,

antes que se le diera la pintura que actualmente luce.

Los almacenes y casas de negocio que, en los días buenos, tienen sus puertas de par en par abiertas, hoy las tienen cerradas y al través de los cristales puede verse al mozo ó al patrón mirar fastidiado como corre el agua por la calle.

Los trenes pasan chorreando agua, lo mismo que los coches, y las bestias que los arrastran parecen vivir en una perpetua inmersión; y ahí andan con las orejas gachas el pelo luciente por el agua, y despidiendo por todo el cuerpo un vapor ténue, como si se les hubiese empapado en agua caliente.

Sobre toda la ciudad mojada, como si viniera de zambullirse en el río, se extiende un cielo agrizado, monótono, sin expresión, que da un aspecto tristísimo á todo lo que cubre: mar y tierra.

Allí, en la esquina, está el guardia civil, muy arrimadito á la pared, protegido por el balcón, de cuyos bordes caen diversos chorros de agua, continuos, que el viento á veces deshace en una lluvia finísima, antes de que lleguen al suelo.

En este momento de mi observación rapidísima, un golpe de viento arrojó sobre mí un golpe de agua que me hizo entrar á la pieza en menos tiempo del que se necesita para contarle — Entré hecho una sopa; deshaciéndome casi de la mojadura. Un sirviente, mejor dicho, un gallego que remeda á un sirviente, y que estaba á mi lado, exclamó en ese momento: «Este es un día de perros»; — pero yo creo que estaba equivocado, pues ni los perros andaban por la calle . . . !

En resumen, lo que vi y lo que se vé desde adentro, es un cielo gris, un suelo empapado, paraguas que se cruzan, agua que corre, y si se mira más allá, hasta la ventana de enfrente, pasando la visual al través de un crespón de agua, se verá contra el vidrio alguna cara lánguida, aburrida, que mira con cierta expresión de es-

tupidez ó de hastío, el cuadro desierto de la calle.

En las casas las goteras están á la orden del día. Un vecino que tengo enfrente, ha ligado, como él dice, un contispado formidable, debido á las malditas goteras. Tuve ocasión de oírle. Me hizo una descripción pintoresca del hecho; hablaba á veces elevando la voz, otra vez con deliquio; acompañaba su narración con ademanes apropiados, y á cada rato lo interrumpía una tos fuerte y profunda, como si resonara dentro de un tonel vacío. Todo esto revestía á su historia de cierta gravedad, y de lo que ella deduje, resulta que el hombre, al despertarse las otras noches, creía estar viviendo en la gruta de Fingal, pues el agua se descolgaba del cieloraso con tal ritmo, por tantas partes y produciendo al caer en el piso encharcado un ruido tal, que la ilusión era completa, y más recordando que esto pasaba en completa oscuridad, pues nuestro hombre quiso encender la vela, y no bien le arrimó el fósforo ¡puff! una monstruosa gota cae sobre el pabilo y sume en la oscuridad al cuadro.

Me fastidia este ruido continuo del agua golpear contra los cristales de la ventana; y decir que éste, y el del viento son los únicos ruidos que se sienten en estos días de lluvia monótona, sin truenos ni relámpagos que den al espectáculo cierto viso teatral.

El bullicio que, con tiempo bueno, puebla la ciudad, parece haberse ahogado con tanta agua; no se siente ni la voz chillona del vendedor de diarios; y el ruido de algún coche que pasa á todo escape, ó del tren que cruza á intervalos justos, parecen las últimas exterioridades de una vida de bullicio que muere de «asfixia por sumersión» como dicen los certificados médicos de los que se suicidan, ó perecen *malgré eux*, imitando á los protagonistas de *Mar sin orillas*.

Ya cansa por demás este tiempo invariable; tantos días con el mismo aspecto, parecen los diversos actos de un drama

desarrollándose siempre con la misma decoración.

Despejaos cielo encantador; volved á mostrarnos la pureza de vuestra desnudez; tirad vuestro «traje de agua» y enseñadnos de nuevo la brillante faz del sol, porque él es vida, es pensamiento, es amor, virtud, actividad, trabajo, en fin es todo!

L. Thevenin.

Junio 29/98.

RECUERDOS

¡Que noche de alegría!
Aún hoy cuando me acuerdo,
Me parece sentir junto á mis sienes
Mezcla informe de flores y de besos.
Después, te acuerdas? vino la tristeza.
¡Que negro es el profundo desaliento!
Tu fuiste muy villana,
Yo muy niño y muy necio!

¿Recuerdas la otra noche?
Aún en mi oído el eco
Vibra de tu terrible carcajada,
Mezcla infame de insulto y de desprecio.
Aún en mi corazón que ya no late,
Cuando lo llamo en vano y lo golpeo,
Se levanta un gemido que me hiela:
¡Debe ser el lenguaje de los muertos!

Solo queda en mis noches,
Un amargo recuerdo!
Una dicha perdida para siempre!
Un corazón helado, un amor muerto!

Raul Montero Bustamante

1898.

Algunas rectificaciones

Previnendo, desde luego, que no nos guía, al escribir estas líneas el objeto de promover polémicas y que no nos hallamos dispuestos á aceptarlas, pues no es nuestro propósito el hacer política partidista, vamos á apuntar ligeras apreciaciones sobre el proceder de una de las entidades de tal carácter. Entremos de inmediato en materia:

Hemos observado que los reorganizadores del Constitucionalismo con el fin ostensible, de prestigiar las doctrinas de dicho partido, no han trepidado—como puede verse en los documentos que últimamente han lanzado á la publicidad—en hacer los más severos cargos á los partidos «tradicionales», pintando á uno y á otro como sostenedores, en la actualidad, de ideas y prácticas retrógradas, casi bárbaras.

«Partidos que pretenden resucitar los cintillos de ultratumba», han dicho, y la razón de cuya subsistencia, es, «el color de una tela y las hazañas de Oribe y de Rivera.»

A esto es á lo que queríamos contestar: por lo que respecta al Partido Nacional, nada hay más injusto, y permitasenos dudar de la sinceridad de quién afirme creer en el fundamento de tan duros reproches; permítasenos dar á estos el calificativo de *explotación política*.

Ahora bien ¿será á ese precio que el Partido Constitucional conseguirá nuevas adhesiones, alcanzará la sanción del pueblo?—Nos atrevemos á dudarlo.

Pero volvamos al punto capital:

Al Partido Nacional,—decíamos—no alcanzan tales imputaciones. Si es cierto, que lejos de ser una agrupación recientemente creada, su existencia data de tiempo atrás, no lo es menos, que de aquellas difíciles épocas en que tuvo origen, no ha conservado más que lo que hoy puede ser aprovechado y lo será aún mañana y siempre como enseñanza del civismo verdadero.

Si es verdad que Oribe y los que fueron sus soldados empañaron sus brillantes fojas de servicios á la Patria con errores graves, no es menos cierto que el Partido Nacional no resucita ni precisa resucitar esas tradiciones hermosas, porque son impuras.

El lo sabe y busca como encarnación de sus principios, como ejemplos prácticos de ellos, que entrega á la imitación de los

ciudadanos del presente, otras personalidades más homogéneas, otros de sus numerosos héroes, que supieron deponer inmaculadas las armas con que combatieran en todos los campos de la democracia.

¿Quién podría afirmar, sinó, con la conciencia tranquila, que el Partido Nacional de hoy, levanta aquellos nombres como bandera de intransigencia y de discordia?

¿Quién ha leído, en el programa de la Revolución última, ó en sus diversos manifiestos y proclamas, alguno de esos nombres, presentados como banderas?

¿Quién oyó de entre las multitudes nacionalistas agrupadas en el «Jai Alai» en el pasado año; ó en el año presente, de entre las personalidades reunidas en las sesiones de la Convención, surgir alguna voz que recordara á aquellos hombres del pasado?

Lea, quién diga lo contrario, los escritos de todo género, que en la paz ó en la guerra, dirigen las autoridades del partido á sus afiliados. Vaya al local donde tales escritos se dictan. Lo desafiamos á que respire allí atmósfera de ólios y de exclusivismos. Visite el club más caracterizado del Partido, el «Club Nacional», y tendrá ocasión de ver allí, entre los objetos que adornan las paredes, retratos numerosos, los retratos de Artigas y de Diego Lamas!

Si, el Partido Nacional, no es ya el partido Blanco,—ni su nombre conserva, si quiera—no es el partido de Oribe. Es el Partido, sí, de Bernardo Berro, de Eduardo Acevedo, de Cándido Juanicó, de Leandro Gomez; el Partido de Diego Lamas y de Aparicio Saravia; el partido que representa para la juventud que llega recién, sin prevenciones, á la arena de las luchas democráticas, el campo amplio y hermoso en donde podrá ejercitar sus fuerzas y emplearlas con provecho, en bien de la Patria.

Esta es la verdad, para honor del país y el constitucionalismo no debe, con el fin de robustecer sus prédicas, usar como arma el desprestigio de una agrupación amiga,

que es su igual en principios y en tendencias

J. L. J.

Montevideo, Julio 1º. de 1898.

Á ELLA...

DEDICADO Á J. P. MARTINEZ.

En esta pobre carta mal trazada,
Encontrarás la triste despedida,
De quien lleva el fulgor de tu mirada
Para alumbrar la senda de su vida.

¡Me voy lejos de tí! donde tu acento,
No vendrá con su célica armonía,
Para avivar aún mas el sufrimiento
Del que te amó con santa idolatría.

¡No te podré olvidar! Eres el alma,
Que mi existencia desgraciada, alienta,
Ya solo encontraré la ansiada calma
Cuando el abrazo de la muerte sienta

Me cegó la pasión, y ni un momento,
Dudé de tu cariño, tan mentido,
Que despertó en mi ser el sentimiento
Del verdadero amor correspondido.

¡No te maldigo! no, aunque mentías,
Y de tu acento el rítmico murmullo
Me trajo con sus falsas melodías
Un germen de dolor en cada arullo.

Será lento y mortal; es un veneno,
Que en copa de oro, me brindó el amor.
Cuando gozaba en el festín ameno
Qué me ofreció quimérica ilusión.

Voy á concluir, mi mano ya se niega
A reavivar mi triste desencanto;
Junto con esta carta te hago entrega
De tus recuerdos, qué adoraba tanto!

¡Adiós! ¡adiós! Perdón si mi palabra
Con su vehemencia te causara agravios;
Y que á mi nombre nunca se entreabra
¡Ese coral hermoso de tus labios!

Conrado Barbot Saravia.

Montevideo, Junio 23 de 1898

PROCEDIMIENTOS DE ESTILO

(Traducción de M. Guyau)

(Continuación)

Eso es, por otra parte, peligroso y sólo puede obrar sobre los espíritus filosóficos.

Hé aquí un ejemplo sorprendente, tomado de Flaubert. Empieza por dar á una emoción muy compleja, la nitidez y la simplicidad de una sensación casi brutal:

“La contemplación de esta mujer lo enervaba como un perfume demasiado fuerte”. Es claro, pero excesivamente *simplista* y á causa de ello mismo, un tanto trivial. He aquí que, desde este punto de partida superficial, el autor llega, por medio de un lenguaje abstracto y objetivo, á darnos una impresión viva del estado de conciencia de su héroe: “Aquello descendió á las profundidades de su temperamento y volvíase casi, una manera general de sentir, un nuevo modo de existir.”

4.º TRANSPOSICIÓN DE LAS IMÁGENES Y SENTIMIENTOS EN ACCIONES: «Yo me iré de aquí hácia él: él no volverá hácia mí.»

Muchas acciones son una condensación de pensamientos bajo una forma concreta y pueden dar lugar á meditaciones sin fin, tal como si fueran elevadas fórmulas metafísicas. Al expresar esas acciones se tiene, por decirlo así la médula misma de las ideas y de los sentimientos, vueltos más fácilmente comunicables, pues la acción es lo que se comprende y lo que se imita con menos dificultad.

El *ensanchamiento* continuo de la imagen por toda suerte de transposiciones ó de transfiguraciones es el gran procedimiento de la poesía. Es preciso no confundirlo con el recurso oratorio de la *amplificación* que, muy amenudo, consiste en el agregado á la idea ó á la imagen, de elementos heterogéneos, artificialmente soldados. Cuando Chateaubriand nos habla del valor y de la fe, esos dos hermanos, que,

etc.; amplifica. Se ha considerado desde tiempo atrás, como una figura esencial de toda retórica y de toda poesía, la repetición. El amante no dice á su querida porque la ama: se lo repite bajo todas las formas, con todas las inflexiones de la voz y del pensamiento. La potencia lírica de un genio se mide á menudo por la frecuencia de la repetición de la idea, traída incessantemente bajo una forma nueva y más sorprendente, en el momento en que se le creía abandonada; es la ondulación de la ola que solo abandona lo que lleva, después de haberlo levantado sobre su aguda cresta para dejarlo tomar enseguida por una nueva ola. Hugo abunda en bellezas de ese género, como abunda, también, por desgracia, en ampliificaciones superfluas.

III EL RITMO

I—El estilo figurado es ya una especie de estilo ritmado; la imagen, es en efecto, la repetición de la misma idea bajo otra forma y en un medio diferente; es como una refracción del pensamiento que se relaciona con la marcha general de los rayos interiores.

Spencer vé en el ritmo, además de una imitación del acento apasionado, un nuevo medio de economizar la atención. El placer que nos proporciona ese movimiento de los versos, que sigue una medida puede atribuirse, según él á que, por comparación nos es cómodo el *reconocer* palabras dispuestas en metros.» Esta teoría es evidentemente demasiado estrecha. Todo ritmo, en verdad, al permitir movimientos regulares, previstos, bien adaptados, economiza «energía» pero hay, además de eso otra cosa, en el ritmo, que es la música, la cual es también un medio de dar una forma y una arquitectura, á las ideas, á las frases, á las palabras. Toda simetría y toda repetición tiene su encanto, porque ella es un *acorde*, una *unidad en la variedad*.

(Continuará).

LUYS

Nació el año de 1828 en la ciudad de París.

Fué médico del Hospital de la Salpêtrière y de la casa de sanidad de Yory.

Su nombre está ligado á los más áridos y difíciles problemas de la fisiología psicológica. Siendo de gran importancia y muy numerosos los trabajos que publicó sobre el sistema nervioso y los fenómenos hipnóticos, trabajos que, junto á sus sabias lecciones en la Salpêtrière, le han valido la celebridad de que goza.

Entre sus obras de más importancia recordamos las siguientes: *Lecciones sobre los principales fenómenos del hipnotismo*, *El cerebro*, *Emociones en los hipnóticos*, obras en las que se nota fácilmente, además de un raro caudal de conocimientos, una inteligencia poderosa.

El doctor Luys, después de haber consagrado casi toda su vida al esclarecimiento de tan oscuros fenómenos, falleció á fines del año pasado, apagándose con él una de las antorchas de la ciencia.

NUEVAS TEORÍAS

Se ha dado una nueva é interesante teoría para explicar la formación de los volcanes lunares. Esta, que pertenece al astrónomo Wellman, se basa en la semejanza que tienen dichos cráteres con los geysers de Islandia; teoría que supone la existencia de erupciones acuosas, para explicar la orografía de la Luna.

Según Wellman, los surcos divergentes que salen de los cráteres son los canales por donde el líquido de las fuentes corría, líquido que ha dejado, después de haber cesado la actividad volcánica, trazas muy visibles debido á la materia caliza que tenía en suspensión.

Para explicar la gran desproporción entre los volcanes lunares y geysers se vale de la desigualdad de la pesantez en la Tierra y en la Luna.

A esta teoría se le hacen grandes objeciones.

Entre los que ha combatido más á Wellman en esto se encuentra el astrónomo Puiseux, que empieza por sostener que en la superficie lunar se ven cráteres con y sin surcos y con montañas interiores ó sin ellas de lo que se desprende que no existe la gran semejanza con los geysers de que nos habla Wellman. Además es muy difícil que corrientes líquidas pasen por encima de montañas y atraviesen valles sin que semodifiquen en nada, por más que el líquido sea muy consistente y de una naturaleza especial.

Es mucho más razonable el creer, como dice Puiseux, que dichos canales ó surcos son debidos á los depósitos de una corriente aérea cargada de cenizas volcánicas.

EL FLUOR LÍQUIDO

Después de numerosos ensayos para reducir al estado líquido al fluor, cuerpo que ha puesto grandes resistencias al aislamiento y á la liquefacción, lo ha conseguido Moissan á la temperatura de 187º.

Ya hacía mucho tiempo que lo había sometido á 95º bajo cero pero sin conseguir nada, cuando el químico Deward consigue liquidar el aire atmosférico en grandes cantidades. Fué entonces que se le ocurrió á Moissan valerse del enfriamiento producido por su evaporación, enfriamiento considerable que llegaba hasta—210º, y que consiguió obtener al fluor en forma de un líquido amarillo muy móvil á los—187º de temperatura.

Pudo determinar fácilmente la densidad de dicho cuerpo, introduciendo en él fragmentos desustacias de distintas densidades, comprendidas entre 0.96 y 1.31, y ver que era igual á la del ambar, (1.14), pues era el cuerpo que se mantenía en medio del líquido.

Las propiedades del fluor en este estado difieren bastante de las del fluor en estado gaseoso.

Esta liquefacción, obtenida por el químico Moissan, es, puede decirse, un brillante triunfo contra las fuerzas naturales, debido á la inteligencia y la perseverancia de tan ilustres luchadores por el continuo adelanto de la ciencia.

C. B.

TRADUCCIONES DE FRANCE'S

TERCER AÑO

(Continuación)

(TRADUCCIÓN LITERAL)

CARTA A CLAUDIO LE PELETIER (1)

Monseñor:

Desde que vos habeis dado al público el *comes rusticus*, habéis adquirido un derecho legítimo sobre todo lo que se refiere al elogio de la vida rústica. Es por eso que yo me tomo la libertad de indicaros un punto de San Crisóstomo que yo había notado antes (antiguamente) haciendo extractos de algunas de sus homilias y que ha caído en mis manos al ordenar mis papeles en la nueva habitación en que me encuentro desde hace ocho días.

Comienzo á sentir y á amar más que nunca las dulzuras de la vida rústica, desde que tengo un pequeño jardín que constituye mi casa de campo y que es para mí Fleury y Villeneuve. No poseo largas avenidas en las que la vista se pierde, sino solamente dos pequeñas, de las cuales una me da sombra bajo un toldo bastante aseado y la otra, expuesta al sur, me proporciona sol durante buena parte del día y me promete mucha fruta para la estación.

Una pequeña escalera cubierta por cinco

(1.) 1630-1711. Presidente de las pesquisas en el Parlamento de París, preboste de los mercaderes (hizo construir el muelle que ha conservado su nombre) ministro de finanzas después de Colbert (1688-1686)

Fue el protector y el amigo de Rollin. Escribió el *comes rusticus* (1692) y el *comes senectutis* (1709).

albaricoques y por cinco duraznos constituye todo mi frutal. No tengo colmenas, pero me complazco todos los días en ver las abejas revolotear sobre las flores de mis árboles y prendidas en su presa, enriquecerse con el jugo que sacan de ella sin causarme perjuicio alguno. Mi alegría no carece, sin embargo, de inquietud, y la ternura que siento por mi enamada y por algunos claveles, me hace temer por ellos, el frío de la noche que nada me importaría sin eso. Nada faltará á mi felicidad, si mi jardín y mi soledad contribuyen á hacerme pensar más que nunca en las cosas del cielo: *Quæ sursum sunt sapite, non quæ super terram* (4).

Monseñor, Vuestro, etc.

á 9 de Abril de 1697.

DAGUESSEAU

(1668-1751)

Daguesseau (Enrique Francisco) abogado general en el Parlamento de París, desde la edad de veintidós años, luego procurador general, fué hecho canciller en 1717. Sus *Mercuriales*, (2) pronunciadas en número de diez y nueve, de 1698 á 1715, (la primera tiene por objeto *El amor á su estado*, la última *El amor á la Patria*), sus *Instrucciones á mis hijos*, escritas en su retiro, trazan, en estilo adornado y grave, los deberes del magistrado, de los cuales toda su vida fué un modelo.

EMPLEO DEL TIEMPO

Las distracciones disminuyen á cierta edad; los placeres se retiran; las pasiones callan y parecen respetar la vejez. Calma

(1.) Es el anciano de Tarento, de Virgilio, vuelto cristiano y "viviendo solo para Dios y para el estudio." (Villemain)

(2) Esta palabra significó, en un principio una asamblea del Parlamento de París, celebrada en los primeros *Miércoles* (*Mercurii, dies*) después de San Martín y después de Pascua, para la reanudación de sus tareas; luego, los discursos pronunciados por los oficiales del ministerio público en esas Asambleas. Como esos discursos son lecciones sobre los deberes de los magistrados, la palabra ha tomado el sentido.

profunda sucede á la agitación de los primeros años, y la tempestad nos arroja, por fin al puerto. El hombre empieza entonces á conocer el valor de un tiempo que ha pasado y de una vida próxima ya á escapársele. Pero en presencia de un fin que avanza á grandes pasos, se creería amenudo que piensa más en subsistir que en vivir y encontrar sus momentos que en pensarlos: ó si el magistrado los pesa todavía á esa edad: será siempre en la balanza de la justicia? esas horas estériles, que tienen la gloria de dar gratuitamente á la república, acaso no le parecerán perdidas y una pasión más viva que las otras, que crece con los años que sobrevive á todos los deseos del corazón humano y que toma nuevas fuerzas en la vejez (1) no le hará mirar como el único tiempo bien empleado el que una costumbre más antigua que honrosa hace comprar tan cara al (2) litigante?

No abandonará las premisas de ese tiempo doblemente precioso, ó á una vana curiosidad de noticias inútiles, ó á la indolencia del sueño, y no mirará con indiferencia tantos momentos perdidos, y sin embargo, conta los al pleitista? Es entonces, cuando, paciente sin necesidad é indulgente sin mérito, aplaudirá talvez en secreto la útil duración de los que abusaran de su tiempo y que exitarán su impaciencia en las horas cuyo valor sólo el deber pesa con la medida del santuario. ¿Existe acaso otro peso para apreciar las horas de la justicia y por qué encanto secreto cambian ellas de naturaleza, según el magistrado sea deudor ó crea convertirse en acreedor?

No es de esa manera como el justo estimador del tiempo de la justicia sabe medir su duración. Deudor ante el público de todas las horas de su vida, no tiene una en que no satisfaga alguna deuda tan

(1) La avaricia.

(2) La costumbre de dar audiencias interesadas á los que *solicitan* (Véase lo que el Hospital dice de los *salarios*). El asunto Goetzman (Véanse las memorias de Beaumarchais) debía dar demasiada razón á las lamentaciones de Daguesseau sobre esta costumbre

honrosa para el que la paga como para el que la exige. Ese tiempo que nosotros nos dejamos tan amenudo arrebatado por sorpresa, arrancar por importunidad escapar por negligencia, él, temprano, ha sabido recoger, economizar, acumular, y haciendo por decirlo así, valer toda su vida, sus días crecen á medida que él los llena, el aumenta, en cierto modo el tiempo de su duración: y haciendo un fraude inocente á la naturaleza, encuentra el único medio de vivir mucho más que el resto de los hombres. Mira sobre todo, con una especie de religión, el tiempo consagrado á los deberes de su ministerio; y para conocer mejor su precio, lo oye de boca del demandante, pero del demandante débil y oprimido. Atento para prevenir sus primeros suspiros se dice continuamente á si mismo: Este día, esta hora, que el magistrado cree á veces poder perder inocentemente, son, talvez para el miserable el día fatal y como la última hora de la justicia. Creemos nosotros tener siempre bastante tiempo para devolverla, pero no lo habrá para recibirla; solo el tiempo habrá decidido de su suerte y el remedio, demasiado lento, no encontrará ya al enfermo en estado de aprovechar de él.

Que el magistrado se apure pues por la rapidez de la expedición (1) pero que sepa apresurarse con lentitud para la plenitud de su propia instrucción. Lejos del prudente dispensador de su tiempo, la ciega precipitación de esos jóvenes senadores (2) que se apuran en colocar, entre el placer que dejan y el placer que esperan una preparación siempre más larga para ellos y amenudo demasiado corta para la justicia. Lejos de él, la avidez no menos peligrosa de algunos magistrados

(1) Propiamente: el hecho de separar (*expedirse*, contrario de *impedirse*) desembrollar los asuntos (y en términos de práctica de Palacio, el hecho de copiar: expedición de un acto).

(2) Miembros del Parlamento.

de edad más avanzada, cuyo ardor reprueba todos los momentos que dedica á la obra actual, como si los quitara á la que debe seguirla y que se encuentran más halagados por el placer de haber hecho mucho que por el mérito de haber obrado bien.

El, unirá la exactitud á la diligencia; atento para reunir toda la actividad de su alma con el fin de no dar á cada objeto más que la medida del tiempo que exige de sus talentos no deberá fiarse por ellos en la vivacidad de sus luces. Comprenderá que el espíritu más sagaz tiene necesidad del auxilio del tiempo para asegurarse, por pensamientos posteriores, de la justicia de los primeros y para dejar á su juicio la ocasión de adquirir esa madurez que solo el tiempo dá á las producciones de nuestro espíritu como á los de la naturaleza.

(XVIª Mercurial—*Empleo del tiempo*).

LE SAGE

(1688-1747)

Le Sage (Renato) llegado de Bretaña á Paris, fué algún tiempo empleado de asistente, luego, haziendo, vivió de su pluma, en una independencia, que, en debida ocasión, supo ser soberbia y desinteresada, escribiendo hasta el fin, para los libreros, novelas imitadas del español y para el teatro y particularmente para el teatro de la feria: comedias y sainetes. Obtuvo en esos géneros, un primer éxito en 1707: el *Diablo cojuelo* y *Crispín rival de su amo*.

Pero su gloria fué la de crear dos tipos, el uno particular, el otro general: *Turcaret* el financiero del siglo XVIII, en la comedia de ese nombre (1709); *Gil Blas*, héroe de la novela cuyos capítulos aparecieron sucesivamente de 1713 á 1735. Gil Blas que vale más que Panurgo y que resulta más asegurado de lo que estará Figaro, es el hombre de espíritu sagaz, que, habiéndose lanzado para hacer fortuna en este mundo merece alcanzarla porque ha tenido el buen sentido de poner en juego sus doctrinas. To-

das las escenas de la novela en donde desfilan innumerables creaciones picantes y verdaderas, son una sátira alegre, fina, instructiva, sin hiel y sin acritud, escrita en estilo fácil y ameno.

GIL BLAS EN CASA DEL ARZOBISPO DE GRANADA

Monseñor me hizo entrar á su gabinete para conversarme en particular. Juzgué que tenía la intención de sondear mi espíritu. Me puse en guardia y me preparé á medir todas mis palabras. Me interrogó en un principio, sobre humanidades. No contesté mal á sus preguntas; él vió que yo conocía bastante los autores griegos y latinos. Me llevó enseguida á la dialéctica; (1) es en donde lo esperaba yo; me encontró, en cuanto á ella, sólidamente preparado.

«Vuestra educación, me dijo con alguna sorpresa, no ha sido descuidada. Véamos ahora vuestra escritura.

Saqué de mi bolsillo una hoja que había llevado expresamente. Mi prelado no quedó poco contento de ella. Estoy satisfecho de vuestra mano, exclamó, y lo estoy más de vuestro espíritu: Agradeceré á mi sobrino don Fernando por haberme dado un muchacho tan agradable (2): me ha hecho un verdadero regalo.»

Yo habia ido, después de almorzar, á buscar mi equipaje y mi caballo, á la hostería en que estaba alojado; después de lo cual habia vuelto á cenar al arzobispado, en donde se me habia preparado un aposento muy aseado y un lecho de pluma. Al día siguiente, Monseñor me hizo llamar temprano. Era para darme una homilía (3)

(1) Es el arte de razonar y de discutir.

(2) El primer sentido de *joli*, es: vivo, jovial, agradable. *joli garçon* no se emplea más hoy, en ese sentido.

(3) *Homilía*, instrucción sobre el Evangelio, ó sobre materias de religión, llamada también "sermón". Etimología: *reunión*; de donde, discurso pronunciado en una reunión. (C f. *contio* reunión del pueblo, luego discurso al pueblo).

para transcribir; pero me recomendó que la copiara con toda la exactitud posible. No falté á ello, no olvidé un acento, un punto, una coma. También la alegría que él demostró por eso, fué mezclada de sorpresa. «¡Padre Eterno!» exclamó con transporte, cuando hubo recorrido con la vista todos los pliegos de mi copia ¿háse visto jamás algo tan correcto? Sois demasiado buen copista para no ser gramático. Habladme confidencialmente, mi amigo; no habéis encontrado nada, al escribir, que os haya chocado alguna negligencia en el estilo, ó algún término impropio? — Oh! Monseñor, le contesté con aire modesto, no estoy bastante ilustrado, para hacer observaciones críticas; y aún cuando lo estuviera, estoy persuadido de que las obras de Vuestra Grandeza, escaparían á mi censura »

El prelado sonrió, á mi respuesta. No dijo nada; pero me dejó ver, al través de toda su piedad, que él no era autor impunemente.

Acabé de ganarme su buena voluntad por esta adulonería.

Fuí haciendomele mas querido de día en día; y supe por fin de Don Fernando, que venia, muy amenudo, á verlo, que yo era amado hasta el punto de que podía considerar hecha mi fortuna. Esto me fué confirmado, poco tiempo después por mi maestro mismo y hé aquí en que ocasión Una noche repitió delante de mí, con entusiasmo en su gabinete, una homilía, que debía él pronunciar al día siguiente en la Catedral. No se contentó con preguntarme lo que yo pensaba de ella en general; me obligó á decirle qué puntos habia admirado más.

Tuve la felicidad de citarle los que él estimaba, en mayor grado, sus trozos favoritos. Por ahí, yo pasé en su espíritu como un hombre que tenía un conocimiento delicado de las verdaderas bellezas de una obra. «He ahí, exclamó, lo que se llama tener gusto y sentimiento, anda, amigo mío, que no tienes — te lo aseguro — oídos

de Beocio (1) En una palabra, estuvo tan satisfecho de mí, que me dijo con vivacidad: «Queda, Gil Blas, queda de aquí en adelante, sin inquietud sobre tu suerte; yo me encargo de hacer de ella, una de las más agradables Te estimo. y para probarlo, te hago mi confidente.»

En seguida que hube oído esas palabras, caí á los piés de Su Grandeza, penetrado de reconocimiento. Abracé de buena gana sus torcidas piernas y me miré como hombre que se halla en camino de enriquecerse. «Sí, hijo mío continuó el arzobispo, cuyo discurso habia interrumpido mi acción, quiero hacerte depositario de mis pensamientos más secretos. Escucha con atención lo que voy á decirte,

Yo me complazco en predicar. El Señor bendice mis homilias. Ellas emocionan á los pecadores, los hacen reconcentrarse y recurrir á la penitencia. Tengo la satisfacción de ver un avaro horrorizado con las imágenes que presento á su tacañería, abrir sus tesoros y distribuirlos con pródiga mano, de arrebatarse un voluptuoso á sus placeres, y de llenar de ambiciosos las ermitas.

Esas conversiones que son frecuentes debieran por sí solas exitarme al trabajo.

No obstante, te confesaré mi debilidad; me propongo, todavía otro premio, un premio que la delicadeza de mi virtud me reprocha inútilmente: es la estimación que el mundo siente por los escritos finos y limados. El honor de pasar por orador perfecto, tiene sus encantos para mí.

Se encuentran mis obras igualmente vigorosas y delicadas; pero yo querría evitar el fracaso de los buenos autores que escriben durante demasiado tiempo y salvarme con toda mi reputación.

Así mi querido Gil Blas, continuó el prelado yo exijo una cosa de tu celo. Cuando tu te apercibas de que mi pluma sufra con mi vejez, cuando tu me veas declinar, no

(1) Se sabe que los Beocios eran, entre los Griegos reputados como toscos é iletrados.

dejes de advertírmelo. Yo no me fio en mi mismo á ese respecto, mi amor propio podría seducirme. Esa advertencia reclama un espíritu desinteresado; yo excojo el tu yo, que juzgo bueno; me someteré á tu dictamen.

Gracias al cielo, le dije yo, Monseñor, vos os encontráis todavía muy lejos de ese tiempo. Hay más, un espíritu del temple del de Vuestra Grandeza, se conservará mucho mejor que otro cualquiera, ó para hablar más claro vos seréis siempre el mismo.

Yo os miro como á un nuevo cardenal Ximenes (1), cuyo genio superior en vez de debilitarse por los años, parecía recibir de ellos, nuevas fuerzas. Nada de adulonías, interrumpió él, mi amigo Sé que puedo caer repentinamente.

A mi edad empiezan á sentirse las enfermedades y las enfermedades del cuerpo alteran el espíritu. Te lo repito Gil Blas, desde que tu juzgues que mi cabeza se debilita, dame aviso de ello en seguida. No temas ser franco y sincero. Yo recibiré esa advertencia como una prueba de afecto y cariño hácia mi. Por otra parte, va en esto tu interés. Si por desgracia para tí, me sucediera que se diga en la ciudad que mis discursos no tienen su fuerza ordinaria y que yo debería descansar, te lo declaro francamente, tu perderías con mi amistad la fortuna que te he prometido. Tal sería el fruto de tu tonta discreción.

Dos meses después, en el tiempo de mi mayor favor, tuvimos una grave alarma en el palacio episcopal. El arzobispo cayó (enfermo) de apoplejía. Se le socorrió tan oportunamente y se le administraron tan buenos remedios que algunos días después no parecía ya estarlo (enfermo); pero su espíritu recibió con esto una ruda acometida. Lo noté perfectamente desde el primer discurso que compuso. No encontraba, sin embargo la diferencia que había entre este

y los otros, lo bastante sensible para concluir de ahí que el orador empezara á desmerecer. Esperé otra homilía todavía, para saber mejor á que atenerme.

Oh! en cuanto á esta: ella fué decisiva. Tan pronto el buén prelado se dejaba caer, como se elevaba demasiado, ó descendía hasta lo bajo; era un discurso difuso, una retórica de regenie (1) gastado, un sermón chato y pesado. (2).

No fui yo el único que reparé en ello. La mayoría de los oyentes, cuando él la pronunció, como si hubiesen sido también comprometidos á examinarla, se decían por lo bajo, los unos á los otros:

«He ahí un sermón que revela la apoplejía». «Vamos, señor árbitro de las homilias, me dije yo entonces á mi mismo, preparaos á practicar vuestro oficio. Veis que Monseñor decae; debéis advertírselo, no sólo como depositario de sus pensamientos, sino también por miedo de que alguno de sus amigos sea lo bastante franco para preveniros. En ese caso, vos sabéis lo que sucedería: seríais tachado de su testamento en donde hay, indudablemente, para vos, un legado mejor que la biblioteca del licenciado Sedillo (3)».

Después de estas reflexiones, yo hacía otras enteramente contrarias. La advertencia de que se trataba, me parecía delicada para dar. Juzgaba que un autor obsesionado por sus obras, podría recibirlas mal; pero, desechando ese pensamiento, me figuraba que era imposible que lo tomara á mal, después de haberlo exigido de mi, de una manera tan terminante. Agregad á eso que yo me proponía hablarle con habilidad y hacerle tragar suavemente la píldora. Enfin, encontrando que arriesgaba más al guardar silencio que al romperlo, me determiné á hablar.

(1). *Regente*.—El que enseña en un colegio.

(2). *Capucinade*. pesada retahila de moral ó de devoción. Etim.: *capucin*, religioso de una de las órdenes de San Francisco; en sentido figurado, hombre que predica una devoción estrecha.

(3) Alusión á un relato anterior.

(1) 1436-1517. Primer ministro en España.

Só'o me encontraba embarazado por una cosa: no sabía de qué manera dirigirle la palabra. Felizmente, el orador mismo me sacó del apuro preguntándome qué se decía en público de él y si se estaba satisfecho de su último discurso. Le respondí que se admiraban siempre sus homilias pero que me parecía que la última no había afectado tanto como las otras, al auditorio. ¿Pues cómo, amigo mío, replicó él con asombro, habrá ella encontrado algún Aristarco? (1) No, Monseñor, repliqué, nó: no son las producciones como las vuestras las que se atreven á criticar. Nadie hay que no esté encantado de ellas.

Sin embargo, desde que me habéis recomendado que sea franco y sincero, me tomaré la libertad de decirlo, que vuestro último discurso no me parece en un todo de la fuerza de los precedentes ¿No pensáis como yo?

Esas palabras hicieron palidecer á mi maestro, quien me dijo con forzada sonrisa: «Señor Gil Blas ¿esa pieza no es pues de vuestro gusto?—No digo tal, Monseñor, interrumpí yo, completamente desconcertado. La encuentro excelente, aunque algo por debajo de vuestras otras obras —Os entiendo, replicó. Os parece que declino ¿no es así? Abreviad la frase. Creéis que es hora de que piense en retirarme. —Yo no hubiera sido tan atrevido, le dije, para hablaros tan libremente, si Vuestra Grandeza no me lo hubiera ordenado. No hago pues, más que obedecerle y le suplico muy humildemente que no forme mal concepto de mi audacia. ¡Dios no quiera, interrumpió él con precipitación, Dios no quiera que os la reproche! Necesitaría ser muy injusto. No encuentro nada mal que me digáis vuestra opinión; es vuestra opinión la que encuentro mala. He sido furiosa-

mente el engaño de vuestra inteligencia limitada.»

Aunque desconcertado, quise buscar alguna modificación para componer las cosas; pero, el medio de apaciguar á un autor irritado, y lo que es más, á un autor habituado á oírse alabar (1)!— «No hablemos más de ello, dijo él, hijo mío. Sois todavía demasiado joven para apartar lo verdadero de lo falso. Sabed que jamás he compuesto un sermón mejor que el que no cuenta con vuestra aprobación. Mi espíritu gracias al cielo, no ha perdido aún nada de su vigor.

De aquí en adelante, escojeré mejor mis confidentes. Los quiero más capaces que vos de decidir.

Id, prosiguió, empujándome por la espalda fuera de su gabinete, id á decir á mi tesorero que os cuente cien ducados (2) y que el cielo os guíe con esa suma.

Adiós, señor Gil Blas, os deseo toda especie de prosperidades con un poco más de gusto. (3)

(Historia de Gil Blas de Santillana, lib VII. cap. 2, 3, 4.)

(Continuará).

DEL MÉTODO EN GENERAL

(CONFERENCIA PRESENTADA EN EL AULA DE LÓGICA POR EL ESTUDIANTE JUAN POU Y ORFILA).

(Continuación)

Al principio, el *sentimiento* imponiéndose á la razón, creó las verdades de la fé, es decir, la teología. La *razón* ó la filosofía, enseñoreándose inmediatamente de nacimiento á los sistemas de la escolástica. Por último la *experiencia*, es decir, el estudio de los fenómenos naturales, enseña

(1). Elipse usual. Mme de Sévigné: «¿Lendría cien cosas por decirlo pero el medio cuando se tiene el corazón oprimido?»

(2) Moneda de oro que vale 10 ó 12 francos, según los países: así llamada.

(3) «Homilias del arzobispo de Granada» se ha vuelto proverbial para significar una obra en la que el autor da signos de decadencia.

(1) Célebre gramático alejandrino (II Siglo antes J. C.) cuyo nombre se ha vuelto en latín y en francés, sinónimo de crítico severo, pero ilustrado y justiciero «*Orationes quarum tu Aristarchuses* (Cicerón.) «*Fiet Aristarchus*» (Horacio).

al mundo que las verdades del mundo exterior no se encuentran formuladas desde el primer momento ni en el sentimiento ni en la razón. Son nuestros guías indispensables; pero, para alcanzar estas verdades es necesario presisamente descender á la realidad objetiva de los hechos, en donde se encuentran bajo la forma de relaciones fenomenales. De esta manera, por el progreso lógico de las cosas, aparece el método experimental que resume todo, apoyándose sobre las tres ramas de este trípode inmutable el *sentimiento*, la *razón* y la *experiencia*. En la investigación de la verdad por este método, el sentimiento tiene siempre la iniciativa, engendra la idea *a priori*: es la intuición.

La razón ó el razonamiento desarrolla enseguida la idea y deduce sus consecuencias lógicas; pero si el sentimiento debe aclararse por las luces de la razón, la razón á su vez debe guiarse por la experiencia, que es la ciencia que permite conclusiones. El espíritu humano es un todo complejo, que no marcha ni funciona sino por el juego armónico de sus diversas facultades. Es, por lo tanto, preciso guardarse de la asociación que he señalado anteriormente, de dar la preferencia exagerada, bien sea al sentimiento, bien á la razón, bien á la experiencia.

Si el sentimiento se sobrepone á la razón salimos de la ciencia para llegar á las irracionales verdades de la fe y de la tradición. Si la razón no invoca sin cesar á la experiencia, caemos en la escolástica y bajo la dominación de los sistemas; si la experiencia prescinde del razonamiento no podemos salir de los hechos y caemos en el empirismo. El método experimental es el método que busca la verdad en el uso bien equilibrado del sentimiento, de la razón y la experiencia, proclama la libertad del pensamiento y del alma. Su carácter es no revelarse por sí mismo, porque toma en su criterio, el experimento, una autoridad impersonal que domina á toda la ciencia. No

admite autoridad personal, rechaza de una manera absoluta los sistemas y las doctrinas. Esto no es orgullo ni jactancia.—El experimentador hace por el contrario, acto de humildad negando la autoridad individual, porque duda de sus propios conocimientos, y somete de esta manera la autoridad de los hombres á la de la experiencia y á la de las leyes de la naturaleza. La primera condición que debe llenar un sabio que se dedique á la investigación experimental de los principios naturales, es no preocuparse de ningún sistema, y conservar una entera libertad de ánimo, asido á la duda filosófica. En efecto, por una parte tenemos la certeza del determinismo de los fenómenos, porque hemos adquirido esa certidumbre por medio de una relación necesaria de causalidad de la que tiene conciencia nuestro ánimo; pero no tenemos por otra parte ninguna certeza relativa á la fórmula de este determinismo, porque se realiza en los fenómenos que no están en nosotros.—Solo la experiencia debe dirigirnos; es nuestro criterio único, y se convierte, como dijo Goethe, en «la única mediadora entre el sabio y los fenómenos que le rodean.» Una vez admitida la investigación del determinismo como objeto único del método experimental, no hay materialismo ni espiritualismo, ni materia bruta ni materia viviente, no hay nada más que fenómenos naturales, de los que es necesario determinar las condiciones, es decir, las circunstancias que juegan con relación á estos fenómenos el papel de causa próxima. Todas las ciencias que usan el método experimental deben tender á no hacerse sistemáticas.»

Apesar de que no hay diferencias esenciales entre la observación y la experimentación, desde que ésta es también una observación, y que ambas tienen un mismo objeto que es hacer constar hechos y fenómenos hay sin embargo, entre ambas una diferencia accesorio: la observación es una operación que se presenta *espontáneamente*

la experimentación es una *observación provocada*. Los fenómenos de observación se presentan sin que el observador pueda intervenir en su aparición ó desaparición; mientras que el experimentador prepara la aparición de aquellos, por una razón particular, y con un fin determinado.

En cuanto á la superioridad de la observación sobre la experimentación, podemos decir que existe, *siempre que se tomen ambas operaciones en sentido general*. La ventaja de la observación sobre la experimentación, es que aquella es la base de ésta, es decir, que no puede haber experimentación sin observación, pero puede haber observación sin experimentación. Efectivamente, en la naturaleza se presentan muchísimos casos en que la observación es posible, pero no la experimentación, es decir, que el dominio de ésta es más reducido que el de aquella.

(Continuará).

TRADUCCIONES DE LATIN

SEGUNDO AÑO

(Ordenado y traducido expresamente para los estudiantes de latin).

(Conclusión)

PUBLIO OVIDIO NASÓN

ELEGÍA

Construcción—Illa etiam postrata ante Lares, capillis passis,—Contigit focos extinctos ore tremente:—Et effudit multa verba in Penates adversos,—Non valitura pro viro deplorato.—Et jam nox præcipitata negabat spatium moræ,—Et Parrhaxis arctos versa erat ab axe suo.—¿Quid facerem? retinebar blando amore patriæ;—Sed illa nox erat ultima fugæ.—Ah! quoties dixi aliquo properante, ¡quid urges?—Vide, vel quo festines ire, vel unde,—Ah! quoties mentitus sum me habere cer-

tam horam,—Quod foret apta via propositæ!—Ter tetigi limen, ter revocatus sum, et ipse pes,—Indulgens animo erat mihi tardus.—Sæpe, dicto vale, rursus loquutus sum multa;—Et quasi discedens deli summa oscula.—Sæpe dedi eadem mandata et ipse fefelli me.—Respiciens pignora oculis meis.—Denique inquam: quid propero? Scithia est quod mittimur,—Roma relinquenda est; utraque mora est justa.—Uxor viva negatur in æternum mihi vivo,—Et domum et dulcia membra fidæ domus,—Et sodales quos ego dilexi more fraterno.—O pectora juncta mihi fide Thesea!—Dum licet amplectar; fortasse numquam amplius—Licebit. Hora quæ datur est mihi in lucro,—Nec mora; reliquo verba imperfecta sermonis,—Complectens quæque proxima animo meo.—Dum loquor et flemus Lucifer, stella gravis nobis,—Nitidissimus ortus erat in cælo alto.—Haud aliter dividor quam si reliquam mea membra,—Et pars visa est abrumpi corpore suo.—Sic Priamus doluit tunc cum equos,—Versus in contraria habuit ultores proditiõnis.—Tum vero clamor et gemitus meorum exoritur,—Et mestæ manus feriunt nuda pectora.—Tum vero conjux inhærens humeris abeuntis;—Miscuit hæc tristia dicta lacrymis suis:—Inquit: «Non potest avelli! simul, ah simul ibimus,—Sequitur te et conjux exulis; ero exull—Et via facta est mihi, et ultima tellus capit me;—Accedam parva sarcina rati profugæ!—Ira Cæsaris jubet te discedere e patria,—Pietas me (discedere e patria). Hæc pietas erit mihi Cæsar!».—Tentabat talia; et sic tentaverat ante;—Et vix dedit manus victas utilitate:—Egredior (sive illud erat ferri sine funere!)—Squalidus et comis immissis per ora hirta.—Illa narratur procubuisse semianimis media,—Domo dolore mei obortis tenebris.—Et ut resurrexit, fædatis crinibus turpi pulvere,—Et levavit humo gelida membra,—Se complorasse modo Penates desertos;—Modo vocasse sæpe nomen viro erepti:—

Nec gemuisse minus, quam si vidisset corpus meum ve natae habere rogos structos; —Et voluisse mori, ponere sensus moriendo, —Et tamen non posuisse respectu mei: — Vivat quoniam fata tulerunt sic, vivat —Et sublevet usque auxilio suo absentem!

Traducción — Ella también postrada ante los Lares, con el cabello suelto, tocó los fuegos apagados, con labio tembloroso, y dirigió muchas palabras á los penates contrarios, que no habian de valer por el varón llorado. Y ya la noche avanzada negaba tiempo á la demora, y la Osa Mayor de Arcadia había girado sobre su propio eje. ¿Que hacer? era retenido por el blando amor de la patria; mas aquella noche era la última para la fuga mandada, ¡ah! cuantas veces dije á alguno que me apresuraba: ¿á que me apresuras? Mira á donde me apresuras ir ó de donde. ¡Ah! cuantas veces creí que yo disponía de cierto tiempo, que fuera necesario para el viaje ordenado! Tres veces toqué el umbral de la puerta, tres veces me aparté, y el pié, condescendiente con el ánimo se me hacia pesado. Muchas veces, habiendo dicho adiós, por segunda vez hablé de muchas cosas; y como partiendo, di muchos besos. Muchas veces di los mismos mandatos y yo mismo me equivoqué, volviendo á mirar las prendas queridas de mis ojos. Finalmente diré ¿á que me apresuro? La Escitia es á donde somos enviados, Roma ha de ser abandonada; bajo los dos conceptos la demora es justa. La esposa viva es negada para siempre á mi que vivo, y el hogar y las dulces prendas de mi amada casa, y los concolegas á los que yo amé con un cariño propio de un hermano. ¡Oh pechos unidos á mi con una fidelidad digna de Teseo! Mientras sea permitido os abrazaré; tal vez nunca jamás me será permitido. Debo aprovechar el poco tiempo que se me concede, ni demora; deo las palabras imperfectas de la conversación; abrazando á las cosas mas cercanas á mi corazón: Mientras

hablo y lloramos Lucifer, estrella infausta para nosotros, brillantísimo había aparecido en el elevado cielo. No de otro modo soy dividido que si dejara mis miembros, y una parte pareciera ser arrancada de su cuerpo. Así Priamo padeció cuando el caballo vuelto al lado contrario puso de manifiesto á los vengadores de la traición. Entonces verdaderamente el clamor y los gemidos de los míos, empezaron, y las tristes manos hieren los desnudos pechos. Entonces verdaderamente la esposa abrazándose de los hombros del que partía; mezcló estas tristes palabras con sus lágrimas, dijo: «¡No puedes ser arrancado de mil juntos! si juntos iremos, te seguiré y esposa de un desterrado, seré desterrada! Y el camino ha sido hecho para mi y las últimas tierras me detendrán, Añá liré poco peso á la nave del desterrado! La ira de César manda que tu salgas de la patria, la piedad que yo (salga de la patria). Esta piedad será para mi César!». Tentaba tales cosas, y así había tentado antes; y á penas dió las manos vencidas por la utilidad. Parto (si aquello era ser llevado sin funeral!). Escualido y con los cabellos sueltos por la cara sin afeitar. Cuentan que ella cayó desmayada en medio de la casa por el dolor de mi partida, llegadas las tinieblas. Y luego que volvió en sí, manchados los cabellos por el torpe polvo, y levantó del suelo los helados miembros, que ella ya invocó á los Penates que habian sido abandonados; Ya llamó muchas veces el nombre del varón arrebatado; ni se lamentó menos, que si hubiese visto que mi cuerpo, ó el de la hija tenía las piras preparadas; y hubiese querido morir, para dejar de sentir muriendo; y sin embargo no lo pudo por respeto á mi. ¡Viva, supuesto que los hados lo decretaron así, viva y socorra mientras pueda con su auxilio al ausente!

A. M.

La evolución de la Estética

(Apuntes recogidos en el aula de Literatura)

(Continuación)

VI.—Que la dicho al principio de estos apuntes que la modificación radical introducida en el procedimiento de los estudios estéticos empieza después del décimo séptimo siglo, cuando se declaraba triunfante la revolución filosófica iniciada por el genio de Descartes.

Es sabido que la innovación cartesiana, en el método filosófico, halló su principal resultado en sustituir, el procedimiento subjetivo al objetivo; en que se procediese partiendo de la afirmación de propia conciencia, antes de llegar al examen de las cosas en sí. La Estética, como todas las ramas de la ciencia filosófica, sintió bien pronto el influjo de esta revolución. Ella impone carácter á la segunda época de la filosofía de lo bello.

VII.—La transición, el lazo que vincula al antiguo método y el nuevo, la estética de la belleza absoluta y la de la belleza relativa, el procedimiento objetivo y el procedimiento subjetivo ó psicológico, se personifica en el P. ANDRÉ (1675—1764), jesuita francés del siglo XVIII, autor de un *Ensayo sobre lo bello* (1711).

Es un autor de transición, dotado de cierta audacia revolucionaria, pero colocado, en rigor, en el punto medio en que acaba la primera era de los estudios estéticos y empieza la segunda. Por una parte, conserva muchas reminiscencias de las ideas platónicas y de la doctrina estética de San Agustín, y por otra parte, se nota ya en las páginas de su libro algún influjo de las innovaciones traídas á las ciencias filosóficas por Descartes.

El P. André se preocupa menos que los estéticos clásicos, como Platón, de la belleza en sí, de la belleza considerada como entidad abstracta y absoluta, y prefiere estudiarla concretamente en las cosas de la naturaleza y del espíritu. La de la natura-

leza, la de los objetos corpóreos, es la *belleza sensible*, que la razón percibe por intermedio de los sentidos. y la del espíritu es la *belleza inteligible*, percibida inmediatamente por la razón. La belleza sensible consiste para el P. André, como para Aristóteles y San Agustín, en el orden, la proporción, la simetría.

En uno y otro género de belleza hay que notar, según el P. André: 1.º, una *belleza esencial*; independiente, no sólo de la voluntad de los hombres, sino también de la voluntad divina; 2.º, una *belleza natural*, independiente de nuestras opiniones y gustos pero no de la voluntad del Creador; y 3.º, una *belleza arbitraria ó accidental* que depende exclusivamente de la voluntad humana.

El orden y la belleza que en una obra arquitectónica nacen de la sujeción á los principios inmutables de la geometría son ejemplo de la *belleza esencial*; el valer estético del color ó los colores que revisten los objetos visibles, es un género de *belleza natural*; y la conformidad á aquellas reglas variables que la moda ó el gusto de cada época impone, v. gr., á los diversos estilos arquitectónicos, da idea de lo que es, para el P. André, la *belleza accidental ó arbitraria*.

VIII. En la precisa mitad del siglo XVIII apareció en Alemania la *Aesthética* de Alejandro Baumgarten (1714-1762), discípulo de Leibnitz y de Wolf que aplicó su talento de pensador al estudio de la teoría de lo bello, en la que no habian fijado su atención los dos filósofos nombrados.

Era la primera vez que se daba un nombre particular á la filosofía de la belleza, consagrándose de esta manera su emancipación como ciencia definida y autónoma. —Procede la palabra *Estética* de un verbo griego que significa sentir, recibir una determinada impresión; por lo cual se ha discutido frecuentemente el acierto de la denominación inventada por Baumgarten, sosteniéndose que, como el objeto de las especu-

laciones estéticas no es el sentimiento humano de la belleza, sino, ante todo, la Belleza en sí, les vendría mejor el nombre de *Calología*, compuesto de las palabras griegas *cali* (belleza) y *logos* (tratado).

El nombre propuesto por Baumgarten tenía, sin embargo, una significación muy positiva con relación á la modificación fundamental que iba á operarse en el procedimiento de los estudios estéticos. La investigación de los filósofos se dirigiría, en adelante, más á la impresión subjetiva de la belleza que á la belleza abstractamente considerada.

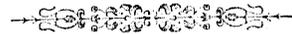
Del libro de Baumgarten, es la invención de ese nombre lo único que definitivamente resistirá á la ola del olvido. Su teoría estética poco se recuerda hoy. —Para Baumgarten, la belleza puede definirse como «la perfección sensible». La facultad de conocer tiene dos formas: una superior, que es el entendimiento; otra inferior, que son los sentidos; la idea de lo bello pertenece á esta segunda categoría: á la facultad de conocer por los sentidos. Así como hay dos facultades de conocer, hay dos perfecciones correspondientes á cada una de ellas: la perfección racional (el bien), la perfección sensible (la belleza).

IX. La escuela llamada escocesa ó de Edimburgo, que, á mediados del pasado siglo, surgió en la filosofía británica con caracteres de reacción contra el empirismo sensualista de Locke, contribuyó valiosamente al estudio de la teoría de lo bello con los trabajos de Hutcheson y Reid.

Para HUTCHESON (1694-1747), la idea de lo bello no deriva de la costumbre ni de la educación: tenemos naturalmente la facultad de percibirlo; hay un sentido natural de la belleza, que la educación y la costumbre no hacen sino perfeccionar. Pero no por eso debe admitirse exclusivamente la sensación física como origen de la idea de lo bello: lo prueba, según Hutcheson, el que hay belleza en muchas per-

cepciones en que poca parte tienen los sentidos externos. La belleza no se percibe, en realidad, ni por medio de estos sentidos ni por medio del entendimiento puro; sino por un sentido *interno ó reflejo*. — especie de zona intermedia que separa á unos y otros; sentido que constituye la verdadera originalidad de la doctrina estética de Hutcheson.

(Continuará.)



Apuntes de Clase

POR EL DOCTOR

FEDERICO ESCALADA

Catedrático de Filosofía 2.º año.

(Continuación)

II

LA NATURALEZA DE LA CONCIENCIA MORAL — El problema relativo al origen y naturaleza de la conciencia moral, ha sido susceptible de muy diversas y contradictorias soluciones, aún cuando todas ellas pueden reducirse á tres clases ó categorías principales: 1.ª—la que considera que es un *sentido ó instinto*; 2.ª, que es una *forma de la razón*; 3.ª, que es un *resultado de la experiencia*.

ESCUELA ESCOCESA: CONCIENCIA INFALIBLE. —I—Según los filósofos de esta escuela, el hombre, por virtud de la constitución originaria de su naturaleza ó por la voluntad del Creador, posee un sentido ó instinto especial que le revela en todos los casos cuales son las acciones buenas ó malas, y que fatalmente lo impulsa hácia la consecución de una conducta moral.

El funcionamiento de la conciencia se verifica en condiciones semejantes al de los demás sentidos.

De la propia manera que la vista ó el oído nos permiten apreciar y distinguir los colores y los sonidos como propiedades de los cuerpos materiales, el sentido ó instinto moral, sin necesidad de la razón ni de la experiencia, nos dá á conocer la *bondad*

ó la *maldad* como cualidad atributiva de las acciones morales.

Si el hombre llega á comprender la existencia del bien ó del mal, es simplemente por el *sentimiento* que experimenta la conciencia cuando se encuentra en presencia de una acción que le es *agradable ó desagradable*.

Es ese sentimiento el fenómeno primitivo, anterior al juicio que en ciertos casos formula la propia conciencia moral, y cuyo juicio no es otra cosa que uno de sus efectos ó derivados necesarios.

La escuela escocesa reconoce que las acciones que de ordinario agradan al sentido moral, son todas aquellas que se armonizan con el interés general de la especie humana; pero en cuanto á la génesis de ese sentido, no dá otra explicación que la que se refiere, como hemos dicho antes, á la constitución originaria de nuestra naturaleza ó á la voluntad del Creador.

Como afirma Boirac, comentando los fundamentos principales de esta doctrina, “es posible que el hombre experimente en presencia de ciertas acciones, una repugnancia ó aún mismo un horror irracional, instintivo, y que éste sea uno de los elementos constitutivos de la conciencia moral; pero aún así, nunca nos suministraría una razón bastante para poder explicarla por medio de un *sentido* ó de un *instinto* especial. Una hipótesis de tal naturaleza, es lo que Leibnitz llamaba “*filosofía perezosa*”. Nada prueba, en efecto, que ese sentimiento no resulte, como pretenden los empiricos, de una experiencia ó hábito precoz, ó como afirman los racionalistas, de un juicio espontáneo y apenas conciente. De cualquier manera, no bastaría constituir la conciencia moral de una sola pieza; en la gran mayoría de los casos, nosotros, juzgamos que una acción es buena ó mala antes de experimentar cualquier emoción moral; ó si los dos fenómenos son casi simultáneos, es notorio que la emoción es el efecto y no la causa del juicio. Muchas

veces nos ocurre que desconfiamos de nuestra sensibilidad moral y que por esa misma razón tratamos de permanecer tranquilos y fríos, para poder apreciar más exactamente el valor moral de las acciones. El bien y el mal, no se hallan constituidos, pues y simplemente, por lo que pueda agrandar á nuestro sentido moral; influye en nuestros juicios otro criterio muy diverso y que necesariamente debe derivarse de la experiencia anterior ó de la razón.

II.—En cuanto al valor de la conciencia moral, la mayor parte de los filósofos de las escuelas escocesa y ecléctica, la consideran como infalible en sus sentimientos y en sus juicios —como una voz interna que revela y enseña á cada hombre sus deberes, —como un oráculo que responde sin hesitaciones y de una manera siempre verídica é insospechable.

Al estudiar los grados de la conciencia moral, ya tendremos ocasión de demostrar lo absurdo de semejante doctrina.

Lejos de ser infalible y omnisciente en todas las épocas y en todos los momentos de la vida humana, no son pocos los casos en que la conciencia se contradice ó se equivoca, ó permanece perpleja y vacilante en la apreciación de las acciones morales.

Si así no fuera, ¿para qué serviría entonces la ciencia moral? ¿No bastaría el fallo de la conciencia, como el más seguro y sencillo recurso para dirimir todo conflicto, sin necesidad de recurrir á principios de un orden general y elevado?

LA CONCIENCIA Y LA RAZÓN: ABSOLUTA EN SU ESENCIA Y RELATIVA EN SUS MANIFESTACIONES. —I.—En su sentido más general y amplio, todas las escuelas racionalistas consideran que la *conciencia* y la *razón*, no constituyen en último término, otra cosa que las manifestaciones de un mismo poder ó facultad del espíritu.

Veamos lo que dice Boirac al respecto: «De dos maneras diferentes pueden considerarse las relaciones de la conciencia mo-

ral y de la razón: 1.ª la conciencia moral es una especie de razón, que nada tiene de común con la razón ordinaria y especulativa, á no ser su carácter *a priori*; 2.ª, es una forma de la razón, y por consiguiente, la razón práctica y la razón especulativa son en el fondo reducibles á la unidad; no difieren sino en cuanto se las considere como las dos aplicaciones de una sola é idéntica fuerza-

En la primera hipótesis (que es, según sus partidarios la de Kant), las nociones de la conciencia moral, (bien, deber, etc.), son las categorías de la acción, como las nociones de la razón (substancia, causa, fin, etc.) son las categorías de la experiencia y del pensamiento; son como ellas, *a priori*, universales y necesarias, pero tienen otro origen en el espíritu, y pueden, por consiguiente, revestir otro valor.

En la segunda hipótesis,—siendo la razón verdaderamente una,—la razón especulativa y la razón práctica solo difieren por sus aplicaciones; pero las nociones que las constituyen, tienen necesariamente un mismo origen y un mismo valor.

Luego, en hecho, las nociones de la conciencia moral son realmente idénticas á las de la razón. La noción del bien en sí ó del ideal moral, es la noción de un fin absoluto; la noción del deber, es la noción de una ley universal; pero las nociones de fin, de ley, de universal y de absoluto, son las mismas nociones de la razón especulativa.

La conciencia moral, en su esencia, no es, pues, otra cosa, que la razón esforzándose por introducir el orden en la vida humana; de la propia manera que la inteligencia especulativa ó científica, es la razón esforzándose por introducir el orden en la experiencia y el pensamiento.

Así la razón no se interesa únicamente de la inteligibilidad de las cosas; se preocupa, también, de la inteligibilidad de la vida humana. Solo que la inteligibilidad de las cosas se encuentra ya realizada en sí y

la razón no hace más que descubrirla. La inteligibilidad de la vida humana, en cambio, solo se realiza por el esfuerzo mismo de nuestra razón. De ahí el carácter esencialmente práctico de las nociones y de las verdades morales.

II.—Pero si la conciencia moral es en el fondo la razón misma, aunque bajo un aspecto diferente,—¿cómo conciliar la diversidad de grados de la primera con el carácter absoluto de la segunda?—¿Cuál sería, en todo caso, el principio superior de nuestra conducta, en ese conflicto perpétuo de opiniones que caracteriza la conciencia individual y falible? «No nos es posible recurrir á nuestra conciencia individual, dice Whewell, como á una última y suprema autoridad: es ella, solamente, una autoridad subordinada é intermediaria, interpuesta entre la suprema ley y nuestras propias acciones..... La medida moral no es una medida para cada hombre sino en tanto se le suponga capaz de representar la suprema medida..... De la propia manera que cada hombre tiene su razón por participación en la razón común de la humanidad, lo mismo cada hombre tiene su conciencia por participación en la conciencia común de la humanidad.»

«¿Pero donde está esa suprema medida? exclama Bain, ¿sobre qué se halla fundada? ¿Qué es lo que la produce? ¿Es una conciencia modelo, semejante «al hombre virtuoso» de Aristóteles? ¿Es acaso la decisión de un cuerpo público encargado de decidir por la comunidad? Nosotros arreglamos nuestros relojes por el observatorio de Greenwich. ¿Donde está el tipo, la medida, el patrón, según el cual pueda cada individuo arreglar su reloj en moral? Es un abuso de lenguaje».

«Es evidente, contesta Janet, que no es legítima esta asimilación de la conciencia relativa é individual con la conciencia absoluta, sino bajo la condición de que el agente al obedecer á la conciencia actual, haga continuamente todos los esfuerzos

para aclarar esa conciencia y acercarla á la conciencia absoluta, sin poder nunca asimilar enteramente la una con la otra; pues si se admitiera, en principio, que no hay otra cosa más que conciencias individuales, no se vería porque la una sería preferible á la otra; y hasta no se vería razón alguna para cambiar el estado moral de las sociedades, puesto que teniendo igual valor todas las conciencias, lo mismo daría guardar la que se tiene que pasar á otra.—Cuando mas se cambiaría de conciencia como se cambia de gustos...—Supongamos, ahora, una conciencia tal que pudiera percibir con igual claridad lo que haría el hombre ideal en toda circunstancia, y sabremos lo que es la conciencia ideal y absoluta.—Seguramente, semejante conciencia no es mas realizable en la práctica, que el tipo absoluto al que correspondería.—Así como no hay hombre perfecto, tampoco hay conciencia perfecta.—Pero esa conciencia que no existe en el estado efectivo y actual, existe en el de tendencia.—El esfuerzo que hace la humanidad para llegar á ese estado de conciencia perfecta, sirve para sacarla progresivamente de los extravíos y de las ilusiones de la conciencia imperfecta.—Si no se admite algo así, ninguna conciencia puede ser juzgada superior á otra; y en tal caso, se acabó el progreso moral, no solo para la especie, sino aún para el individuo; pues, ¿porqué preferiría yo mi conciencia de hoy á la de ayer, y porqué haría yo esfuerzo ninguno para alcanzar un grado más alto de conciencia? En suma ¿porqué trataría yo de perfeccionarme? Todo grado de perfeccionamiento moral lo es también de conciencia; no solo hay el deber de obedecer á la conciencia, sino también es preciso hacerla más delicada y exigente, lo cual carecería de sentido si todas las conciencias tuviesen igual valor.—Ahora bien, es imposible establecer grados entre las conciencias, si no es por comparación á una conciencia tipo hácia la cual se eleva

el hombre sin alcanzarla nunca, y que aún en su estado latente, no deja de ser el principio motor de la actividad moral».

DOCTRINAS DE LA ASOCIACIÓN Y DE LA HERENCIA.—I. El error de todos los sistemas que consideran la conciencia como un sentido ó instinto que, de una manera intuitiva é infalible, nos suministra el conocimiento de las cualidades de nuestras acciones, ó como una especie ó forma de razón, absoluta en su esencia y relativa en sus manifestaciones,—proviene de un estudio incompleto de la personalidad moral, en sus diversas etapas de desarrollo y de constante adaptación hácia necesidades de un orden cada vez más elevado y perfecto.

Es indudable que el hombre adulto y civilizado, trae á la vida en estado de latencia, un poder ó facultad que en ciertos casos y de una manera inmediata, le permite distinguir la moralidad ó inmoralidad de las acciones, sin necesidad de un esfuerzo razonado de su espíritu.—Lo es también, que una gran parte de los seres de nuestra especie, consideran y admiten la existencia de un ideal, al cual ajustan su conducta sacrificando muchas veces las satisfacciones personales y egoístas.

Pero aún admitiendo esto ¿estamos autorizados para establecer que lo que ocurre en ciertos hombres del presente, ha de haber ocurrido, necesariamente, en todas las épocas de la humanidad?—¿Qué ese poder, llámese sentido ó instinto, ó especie ó forma de razón, ha constituido un atributo de todos los hombres, y cuya variedad de manifestaciones pueda explicarse por la relatividad de acción de una entidad ideal, absoluta y superior á nuestra naturaleza?

La historia de la humanidad nos enseña, por el contrario, que lejos de existir una uniformidad perfecta en cuanto á la capacidad moral de nuestra especie y á la manera de apreciar la diversidad de actos de conducta,—ese sentido ó facultad que se

llama conciencia, — ha pasado por numerosas etapas de desarrollo, cuya naturaleza ha dependido siempre de la variedad de medios y circunstancias que han creado nuevas necesidades ó modificado otras, y á las cuales ha debido adaptarse el hombre bajo el imperio de la lucha por la vida.

Entre la animalidad primitiva y el estado de civilización del presente, hay, del punto de vista moral, un abismo que nunca podría llenar la concepción de un instinto, del que muchos hombre carecen, ó de un ideal absoluto, incompatible con la inteligencia rudimentaria de los primeros seres humanos.

Solo la experiencia, bajo la forma de asociaciones más ó menos completas, el hábito y la herencia, pueden explicarnos el origen y el desarrollo cada vez más creciente de la conciencia moral, á través de las diversas épocas porque ha pasado el hombre antes de alcanzar el grado de relativa perfección que hoy posee, y que constituye uno de los signos característicos de su personalidad superior.

Es esta una explicación natural y científica, que se armoniza con los hechos, que dá una respuesta acabada á todas las dudas que engendra la variabilidad constante de la conciencia, y que permite la apreciación y estudio de los fenómenos morales mediante un criterio verdadero humano y al alcance de todas las inteligencias, sin necesidad de recurrir á entidades metafísicas incomprensibles, cuya naturaleza escapa á la relatividad de nuestro conocimiento y á lo limitado de nuestras facultades.

II. Veamos entretanto cuales son los fundamentos más esenciales de la escuela que estudiamos.

El hombre por tendencia natural, busca su placer, su felicidad personal. Pero una vez que el estado social aparece, que el individuo se considera vinculado á la comunidad de que depende su existencia, su felicidad particular, — un nuevo deseo, tan interesado como el primero, determina su conducta,

llevándole necesariamente á la comisión de aquellas acciones que más se armonizan con su interés individual y con el interés colectivo.

Por más restringida y temporaria que sea en un principio la unión de ambos intereses, es bastante, sin embargo, para explicar como surge el sentimiento moral del egoísmo, para transformarse luego y bajo la influencia de los numerosos factores sociales, en una variedad de manifestaciones que han de dar lugar más tarde á la felicidad general, al bien de los semejantes, y por reflexión necesaria, á un aumento indiscutible del propio bienestar individual.

La experiencia de la vida social de una parte, nos suministra constantemente la identidad real y objetiva del interés colectivo y del interés personal, por virtud de aquellas acciones que alcanzan en la práctica la satisfacción de ambos fines morales, y de la otra, la asociación de las ideas fija, en nuestro espíritu, esa misma identidad de una manera intelectual y subjetiva, en tales condiciones que el hábito continuado de un procedimiento de esa naturaleza, concluye por obligarnos á mirar el interés de nuestros semejantes como el nuestro propio, y á considerar el bien de aquellos como una *necesidad* para alcanzar el bien individual.

«Los menores gérmenes de ese sentimiento, dice Stuart Mill, son recojidos y cultivados por el contagio de la simpatía y la influencia de la educación, y rodeados, bajo la acción poderosa de las sanciones exteriores, de una *red completa de asociaciones de ideas* que contribuyen aún á fortificarlo..... — Cada paso en el sentido del progreso político, contribuye á hacer cada vez más natural esta manera de comprender la vida humana, haciendo desaparecer las causas de oposición de los intereses y nivelando esas desigualdades de privilegios legales entre individuos ó entre clases, debido á las cuales aún es posible olvidar la felicidad de una gran porción del

género humano. — Cuando el espíritu experimenta la acción del progreso, se vé entonces como se desenvuelven, sin cesar, las influencias que tienden á crear en cada individuo un *sentimiento de su unidad con todos los otros*, sentimiento que en el estado perfecto, alejaría del hombre todo pensamiento ó todo deseo de una condición feliz y personal, respecto de la que sus semejantes no participasen también de las mismas ventajas — En el estado comparativamente poco avanzado de la civilización en que vivimos, un individuo no puede, á decir verdad, experimentar esa completa simpatía hacia sus semejantes, que haría imposible toda real discordancia en la dirección general de sus conductas respectivas; pero ya el individuo en quien el sentimiento social esté desenvuelto, *no puede resolverse* á considerar *el resto de sus semejantes*, como rivales, con quienes se encuentre en lucha para obtener los medios de ser feliz y á los que desee un fracaso en sus empresas para obtener así un éxito en la suya».

La asociación continuada de las acciones á que se vé obligado el hombre para mantener la armonía de fines que derivan de su naturaleza y de las exigencias del estado social en que vive y del que depende su felicidad y su existencia, han creado, pues, en su espíritu, una facultad, una disposición cada vez más creciente y apropiada á su verdadero destino, que es lo que constituye la conciencia moral, y mediante cuyo ejercicio le es posible alcanzar la apreciación de las acciones morales.

En esa facultad, transmitida luego de generación en generación en virtud de la ley de herencia la que ha facilitado el progreso y el perfeccionamiento constante de la humanidad, hácia la satisfacción de nuevos y más elevados ideales, que la educación ha completado también por su parte, y que seguramente contribuirá en lo futuro para transformarla en un verdadero instinto, al que obedecerán espontánea é irresistible-

mente todos los seres humanos, como una condición indispensable para su más perfecta y absoluta moralidad.

En resumen y como afirma Spencer, «de la propia manera que la intuición del espacio poseída por un individuo viviente, ha sido el fruto de las experiencias organizadas y consolidadas de los individuos que le han precedido y que le han legado sus organizaciones nerviosas lentamente desenvueltas, lo mismo, yo creo, que las experiencias de utilidad, organizadas y consolidadas á través de todas las generaciones pasada de la raza humana, han producido modificaciones nerviosas correspondientes, las que por trasmisión y acumulación continuas, han llegado á ser en nosotros ciertas facultades de intuición moral, ciertas emociones que responden á una conducta justa ó injusta, que no tienen base alguna aparente en las experiencias de utilidad individual».

GRADOS DE LA CONCIENCIA MORAL. — Dependiendo como depende la conciencia moral, de multitud de factores y circunstancias, y de las condiciones personales de cada individuo, como ser el temperamento, la educación, la inteligencia, el carácter, etc., claro es, que debe considerarse bajo diversas fases ó grados de desarrollo, según las distintas manifestaciones de la vida humana:

a) Se entiende por conciencia *recta*, la que nos suministra un criterio claro y exacto para juzgar de nuestras acciones morales.

b) Conciencia *errónea*, la que desviándose de los verdaderos principios, califica la conducta en un sentido contrario á la naturaleza y exigencia de estos últimos.

c) Conciencia *ignorante*, la que carece de toda noción moral.

d) Conciencia *dudosa*, la que vacila entre dos ó más deberes.

e) Conciencia *probable*, la que en un conflicto de dos ó más deberes; se decide por el que le parece más justo y conveniente.

(Continuará).

ZOOLOGIA

(TRADUCCIÓN)

(Continuación)

NOCIONES PRELIMINARES

APARATO DE LA ABSORCIÓN DIGESTIVA.—Ya lo hemos dicho: los vasos quilíferos vienen á terminar en la mucosa digestiva, que ellos levantan por debajo de su extremidad para formar lo que se llaman *vellosidades*. Estas vellosidades, llamadas también *chupones intestinales* ó *raíces animales*, son microscópicas y se cuentan más de 10.000.000 (fig. 54) sobre toda la mucosa del aparato digestivo. Los vasos quilíferos se terminan los unos en los otros y forman una red yendo á desembocar finalmente en un canal único, el *canal torácico*, que sube á lo largo de la columna vertebral y concluye en la vena subclavia izquierda; el producto de la absorción efectuada por los vasos quilíferos (materias azoadas y grasas) se mezcla á la sangre.

Pero la sangre recibe también una parte de las sustancias digeridas (materias azucaradas), que son trasportadas al hígado y almacenadas bajo la forma de sustancias glicógenas (almidón animal). La función por la cual el hígado guarda, á su pasaje, los principios azucarados provenientes de la absorción digestiva, se llama *glicogenia*, y ha sido descubierta por Claudio Bernard. El hígado contiene, pues, elementos huecos y microscópicos que constituyen la glándula glicogénica, y que están encargados principalmente de almacenar los principios azucarados útiles al funcionamiento del organismo.

No olvidemos que contiene también los elementos de la glándula hepática.

Circulación de la sangre

APARATO DE LA CIRCULACIÓN.—Es el conjunto de los vasos en los cuales circula la sangre. Se compone: 1.º del órgano central, el *corazón*, que pone en movimiento el fluido nutritivo; 2.º las *arterias*, que llevan la sangre del corazón al organismo; 3.º los *vasos capilares*, que forman las mallas ó redes repartidas en todo el organismo; 4.º las *venas*, que llevan la sangre al corazón.

Una palabra sobre el corazón:

Está colocado en el pecho, sobre el diafragma y en un espacio llamado *mediastino*, que le dejan los dos pulmones. Tiene la dimensión de un puño cerrado, la forma de un cono que presenta su vértice hácia adelante y debajo del pecho izquierdo. Su base está hácia atrás y á la derecha y los vasos que terminan ó parten de él, están situados en la base.

Interiormente, contiene dos cavidades, separadas la una de la otra por un tabique longitudinal completo; hay, pues, un corazón derecho y otro izquierdo absolutamente distintos y separados.

Cada cavidad (fig. 53) está á su vez dividida en otras dos cavidades superpuestas y que comunican entre sí por una abertura que tiene una especie de válvula que se abre de arriba para abajo y que se llama *válvula*.

Las cavidades superiores se llaman *aurículas derecha é izquierda*, las inferiores se llaman *ventrículos derecho é izquierdo*. El vaso que parte del ventrículo izquierdo se llama *arteria aorta*. El que sale del ventrículo derecho, *arteria pulmonar*.

Cuatro vasos desembocan en la aurícula izquierda: son las *venas pulmonares*. Y dos vasos que llegan á la aurícula derecha se llaman *venas cavas superior é inferior*.

Se ve pues que de los ventrículos parten las arterias, y que en las aurículas desembocan las venas.

La *arteria aorta* sale por la base del corazón, sube hasta la base del cuello, da vuelta (cayado de la aorta) para bajar á la izquierda de la columna vertebral, atraviesa (fig. 57) el diafragma y sigue así hasta la base del tronco, donde se termina dando nacimiento á dos troncos, uno para cada miembro inferior.

De este vaso principal se desprenden ramas arteriales cuyas ramificaciones son cada vez más finas y se distribuyen en todas direcciones, para terminar en todos los tejidos por los vasos capilares.

Estos últimos se distinguen de las arterias por su calibre microscópico, y por su distribución en redes y no en ramas. Los vasos capilares se ven en todas partes y es á través de sus paredes que se efectúan los cambios nutritivos entre los tejidos y la sangre.

Las arterias han recibido del corazón sangre arterial y es en los vasos capilares donde se forma la sangre venosa. Los capilares devuelven la sangre venosa á las venas, que forman una rama en la cual ésta sangre tiene que recorrer un camino inverso al que recorre la sangre arterial en la rama arterial. Ella termina en el corazón y lleva á la aurícula derecha por dos troncos principales que antes hemos llamado venas cavas superior é inferior la sangre cargada de impurezas ó venosa.

El trayecto recorrido por la sangre del *ventrículo izquierdo* ó la *aurícula derecha* pasando por las *arterias*, los *capilares generales* donde se forma la sangre venosa y por las *venas*, es el círculo de la *gran circulación* ó de la *circulación general*.

Del ventrículo derecho parte la *arteria pulmonar*, que luego se bifurca y va á distribuir en cada pulmón las ramificaciones de sus subdivisiones; el conjunto de esta primera rama arterial tiene como misión el llevar la sangre venosa á los *capilares pulmonares*. Estos se distribuyen bajo la mucosa respiratoria que los separa del aire que viene del exterior.

La acción del aire tiene como efecto el ejercer sobre la sangre venosa, á través de la mucosa pulmonar y á través de las paredes de los capilares, de modo de transformarla en sangre arterial.

La sangre arterial, una vez formada, vuelve al corazón por intermedio de las *venas pulmonares* que, por cuatro troncos diferentes, desembocan en la aurícula izquierda. El trayecto recorrido por la sangre del *ventrículo derecho* á la *aurícula izquierda* pasando por la *arteria pulmonar*, por los *capilares pulmonares*, donde se forma la sangre arterial, y por las *venas pulmonares*, es el círculo de la *pequeña circulación* ó de la *circulación pulmonar*.

Resumen de la Circulación

Leyendo los números según su orden, se puede seguir á la sangre en su curso según el cuadro siguiente:

PEQUEÑA CIRCULACIÓN Ó CIRCULACIÓN PULMONAR

- | | |
|--|--|
| (10) Sistema capilar pulmonar donde se forma la sangre arterial. | (11) Sistema venoso pulmonar. |
| (9) Sistema arterial pulmonar. | (12) Aurícula izquierda |
| (7) Aurícula derecha. | (1) Ventrículo izquierdo. |
| (8) Ventrículo derecho. | (2) Arteria aorta. |
| (6) Venas cavas superior é inferior. | (3) Sistema arterial general. |
| (5) Sistema venoso general. | (4) Sistema capilar general donde la sangre arterial se vuelve venosa. |

GRAN CIRCULACIÓN Ó CIRCULACIÓN GENERAL

SANGRE—La sangre es el líquido que circula por los vasos.

Se compone de una parte líquida que se llama *plasma* y de una parte sólida constituida por corpúsculos microscópicos llamados glóbulos, unos rojos, y otros en menor número (leucocitos). Los *glóbulos rojos* (fig. 7) son discos con caras cóncavas que tienen en el hombre 7/1000 de milímetros (se necesitan pues, 7000 colocados unos al lado de los otros para llenar la longitud de un mm.). Son numerosos en el plasma puesto que un milímetro cúbico de sangre contiene 5 millones.

Los *glóbulos blancos* (fig. 7) ó más bien incoloros, son un poco más grandes que los precedentes; son de forma esférica; se cuenta poco más ó menos 1 por 500 glóbulos rojos.

El *plasma* está formado de un líquido, el *sérum*, en el cual está disuelta una sustancia sólida que se llama *fibrina*. Se puede fácilmente aislar la fibrina del sérum batiendo el plasma con ayuda de unos palitos; se vé entonces adherir á la superficie de los palitos unos filamentos blancos elásticos que no son otra cosa que esta sustancia. Cuando la

sangre queda expuesta al aire algún tiempo, la fibrina se aísla espontáneamente del sérum y aprisiona los glóbulos en una especie de jalea que se llama *coágulo*. El pequeño cuadro siguiente dá una idea de la formación del coágulo y de la constitución física de la sangre.

Plasma	} Coágulo.
Glóbulos	
{ Sérum	
{ Fibrina	
{ Glóbulos rojos	
{ Glóbulos blancos	

La sangre encierra gases en disolución. Estos son por orden de cantidad relativa: ácido carbónico, oxígeno, nitrógeno; pero su verdadera constitución química es muy compleja, puesto que tiene en disolución todas las sustancias que el cuerpo puede asimilar.

La sangre que efectúa la asimilación es la *sangre arterial*, muy rica en oxígeno; que se ha formado debajo de la mucosa respiratoria. Esta sangre roja circula en las *venas pulmonares* y en el sistema arterial en general.—La sangre que ha dejado de ser útil á la asimilación, es la *sangre venosa*, de un rojo oscuro, más pobre en oxígeno y más cargada de ácido carbónico; se forma en los capilares de la gran circulación, circula en el sistema venoso en general y en las *arterias pulmonares*.—Cuando, después de un accidente, ó después de una operación, la sangre sale de la herida, se forma un coágulo, é constituyendo un verdadero tapón que impide la hemorragia.

Respiración

Ya sabemos en que consiste la respiración; vamos pues á dar aquí una breve descripción del aparato respiratorio en el hombre (fig. 58).

El aparato respiratorio, hemos dicho, tiene la forma de un tubo que empieza en las *fosas nasales*, cruza el aparato digestivo más allá de la boca al nivel de la *faringe* y termina en sacos, en los *pulmones*.

Las fosas nasales (fig. 45 y 50) están separadas de la boca por el paladar y el velo palatino. En número de dos, colocadas una de cada lado de un tabique vertical, hacen comunicar el exterior y la faringe, en la parte anterior é inferior de la cual se abre la *laringe*. La laringe tiene la forma de un embudo abierto entre el dorso de la lengua y el esófago; se abre por arriba por la *glotis*, colocada debajo de la *epiglottis*, y la parte inferior se encuentra sobre la tráquea-arteria con la cual se continúa. La *epiglottis*, que acabamos de nombrar, es una pequeña válvula puesta sobre el borde anterior de la laringe y que puede cerrar su abertura mientras pasan los alimentos de la boca á la faringe.

La *traquea-arteria* es un tubo vertical colocado delante del esófago y que mantiene dilatado por una serie de anillos cartilagosos superpuestos, horizontales é incompletos por atrás. Debajo de la base del corazón la traquea-arteria, da nacimiento por su bifurcación á los bronquios primitivos, cuyas paredes son como las de la traquea-arteria, con la diferencia de que los anillos cartilagosos son completos.—A la extremidad de los bronquios primitivos están colocados los *pulmones*. Son dos masas blandas, rosadas, cónicas, que llenan casi toda la cavidad del pecho; presentando su punta hácia arriba, su base hácia abajo y que guardan entre ellos un espacio llamado *mediastino*, en el cual está alojado el corazón. La superficie del pulmón izquierdo está cruzada por un surco transversal mientras la del pulmón derecho tiene dos surcos semejantes; de modo que el pulmón izquierdo está dividido en dos partes ó masas y el derecho en tres que se llaman lóbulos.—En su interior los pulmones están formados únicamente, por las ramificaciones de los bronquios y por su terminación en sacos microscópicos, por las ramificaciones de los vasos arteriales, que llevan la sangre venosa y las de los vasos venosos que llevan la sangre hecha arterial. Recordaremos que esta transformación se efectúa á través de los capilares pulmonares (fig. 59) colocados en el espesor de los sacos pulmonares, estableciendo la comunicación de las arterias y de las venas pulmonares entre sí.

Cada pulmón está contenido en un saco de *tejido seroso* llamado *pleura*. Cada pleura está formada por dos hojas superpuestas: una aplicable sobre el pulmón que recubre;

otra unida á las paredes torácicas, no es más que un repliegue de la primera; estas dos hojas dejan entre sí, trasudar un líquido, por su superficie de contacto, que favorece el rozamiento de la una sobre la otra.

He aquí como funciona el aparato respiratorio. La entrada del aire en los pulmones, ó *inspiración*, es debida á la dilatación de la cavidad torácica, que se ensancha toda. Por este movimiento todas las costillas giran de abajo para arriba sobre sus articulaciones vertebrales. La expansión del pecho produce el vacío alrededor de los pulmones, cuyas paredes son elásticas y se extienden ó se hinchan; el aire penetra entonces por las fosas nasales, la laringe, la traquea-arteria y los bronquios hasta los sacos sin salida de los pulmones. Al través de las paredes de estos sacos y de los vasos sanguíneos que los tapizan, el oxígeno del aire penetra en la sangre y vá á fijarse en los glóbulos rojos, mientras que el ácido carbónico del plasma es exhalado en sentido inverso, de la sangre al saco cerrado pulmonar. Este cambio de gases entre la sangre y el aire constituye la *hematosis* ó transformación de la *sangre venosa en sangre arterial*.

A la inspiración sucede la *expiración* ó la salida de una parte del aire contenido en los pulmones. La expiración es causada por la caída del pecho que vuelve al estado de reposo. Mientras la inspiración exige un esfuerzo hecho por los músculos (principalmente por el diafragma), en la expiración todos los músculos están en reposo y no actúan más que por su peso sobre las paredes torácicas para hacerlas bajar más fácilmente. Músculos y pulmones vuelven á su estado anterior; pues son elásticos, y todo cuerpo elástico que ha sido estirado tiende á tomar su volumen primitivo. La disminución del pecho es facilitada por la disminución del pulmón que contrayéndose ejerce una tracción sobre la pleura con la cual está envuelta y cuyo tejido es además adherente á las paredes torácicas.

Urinación, Exhalación, Secreción

URINACIÓN—Sabemos que la urinación es la función, por la cual la sangre arterial, cargada de residuos nitrogenados y salinos (provenientes de todos los tejidos) disueltos en el agua, los elimina bajo forma líquida.

El aparato urinario se abre por fuera por el meato ó conducto urinario y está todo él tapizado interiormente por una mucosa. Está completamente alojado en la cavidad abdominal y se compone (fig. 61): 1.º de los riñones; 2.º de las dos uretras; y 3.º de la vejiga. Los dos riñones están colocados sobre los costados de la columna vertebral, debajo del diafragma. Cada *riñón* tiene la forma de un poroto, cuyo borde cóncavo, llamado *hile*, está vuelto hácia el lado de la columna vertebral. Del *hile* parte un canal, la *uretra*, que establece la comunicación entre el interior del riñón y él de la vejiga.

La *vejiga* es una bolsa que tiene la forma de una pera vuelta hácia abajo, cuyo orificio situado en la extremidad, pasa por debajo del hueso pubis, para establecer la comunicación entre la vejiga y el mundo exterior. La parte angosta de esta se llama el *cuello* y está rodeado de un músculo esfínter (semejante á aquel que cierra el ano) no abriéndose más que por intermitencias para dar salida al líquido urinario.

Es por encima del cuello de la vejiga que desembocan las uretras.

El interior del riñón, del que no describiremos su complicada estructura, está tapizado por la mucosa al través de la cual pasa continuamente la orina. Este líquido vá, por las uretras, de los riñones á la vejiga la cual se llena de la parte inferior á la superior.

Se considera á la mucosa del riñón como cumpliendo con respecto á la sangre la función de un filtro.

La orina sería pues formada en su totalidad en la sangre.

La orina está formada de agua, teniendo en disolución sales (cloruro de sodio, fosfatos y sulfatos) y sobre todo una sustancia orgánica nitrogenada llamada *urea*.

El hombre elimina en la orina, en 24 horas, más ó menos, la milésima parte de su peso en materiales sólidos, de los cuales 30 gramos son de urea.

EXHALACIÓN—Hemos unido á la urinación una función que se efectúa por la piel, la exhalación, de la que no diremos más que una palabra. Por la *exhalación* la sangre deja escapar á través de la piel sustancias gaseosas de naturaleza desconocida, pero cuya

presencia en el aire es revelada por su olor; es este olor el que se percibe en una pieza cerrada donde un gran número de personas han permanecido algún tiempo.

SECRECIÓN—Función ejecutada á expensas de la sangre por intermedio de aparatos que se llaman glándulas. Hemos ya dicho una palabra, á propósito de la digestión, de la constitución de las glándulas y de sus funciones. Son estos sacos mas ó menos complejos, abiertos por la superficie interna de las vísceras, y tapizados por una mucosa de la víscera en la cual la glándula derrama sus productos.

Hay una gran analogía entre la secreción y la urinación. Sin embargo, mientras la orina se forma en la sangre, la glándula no hatta en el fluido nutritivo nada más que los elementos necesarios á la secreción.

La orina le quita á la sangre los principios inservibles; la glándula la empobrece.

El primer líquido es echado hácia afuera, porque está fuera de uso, mientras que el organismo aprovecha el líquido que le ha preparado la glándula.

Así es como los alimentos feculentos no serían absorbidos, si antes no fueran transformados en azúcar bajo la influencia de la saliva y del jugo pancreático, secretados por las *glándulas salivares y pancreática*.

Calor animal

La nutrición, en todas sus facetas, nos presenta la sustancia en movimiento.

Ahora bien, no hay movimiento sin producción de calor; este es el origen del calor animal. Esta producción de calor es bastante enérgica en el hombre para que mantenga su cuerpo á la misma temperatura, tanto en invierno como en verano.

En ciertas partes del cuerpo la temperatura es mayor que en otras; pero puede ser considerada como término medio en 37°5 centigrado.

Bajo la influencia de la fiebre puede elevarse á mas de 40° y volver al estado normal cuando la salud se restablece; pero, en cuanto empieza el enfriamiento del cuerpo (*asfixia* bajo la influencia de gases irrespirables, por sumersión ó congelación), si no se emplean medios pronto y enérgicos para elevarla, la muerte sobreviene con rapidez.

Los animales, en los cuales la temperatura es constante, como la del hombre, se llaman *animales de sangre caliente* (mamíferos y aves.) Pero en la mayoría, la nutrición no es bastante enérgica para mantener la temperatura fija, y la de su cuerpo cambia según la del medio que habitan. Estos animales se llaman: *animales de sangre fría*, ó de *temperatura variable*. Aquí concluiremos las nociones generales sobre la constitución del cuerpo humano y sobre su modo de funcionar. Recordaremos sin embargo que debemos decir una palabra sobre el órgano de la voz que hemos debido separar del aparato respiratorio al cual se liga anatómicamente, mientras que su fisiología forma parte de la vida de relación.

Fonación

La fonación ó producción de la voz se efectúa en el órgano llamado *laringe* (fig. 62 á 65).

Esta, es un embudo abierto hácia arriba en la faringe, en su parte hinchada, y por abajo, en su parte angosta, en la traquea-arteria.

La lengua está unida á un pequeño hueso, el hioides, colocado sobre el borde anterior de la laringe; el hioides lleva también por arriba y en la parte anterior de esta un pequeño cartilago, la *epiglottis* que puede recubrir y cerrar el orificio de la laringe, mientras los alimentos son tragados; de modo que estos no puedan penetrar en el aparato respiratorio.

Las paredes de la laringe están formadas por varias piezas cartilaginosas de las cuales la principal colocada adelante, tiene la forma de una placa saliente por debajo de la piel, para formar lo que se llama la manzana de Adán, y cuyo verdadero nombre es el de cartilago *tiroideo*.

Las diferentes piezas de la laringe puede moverse las unas con respecto á las otras, gracias al juego de los músculos que á ellas están unidas, estudiaremos mas adelante la disposición de los ligamentos que se llaman cuerdas vocales y que desempeñan un papel muy importante en la formación de la voz. El interior de la laringe está tapizado por una mucosa naso-bucal que se continúa por la mucosa de la traquea-arteria.

Durante la respiración silenciosa, la parte de la laringe donde se produce la voz y que se llama la *glottis*, tiene la forma de una V abierta hácia atrás. Cuando un sonido es producido, los dos bordes laterales se ponen casi paralelos. Cuanto más estrecha se pone la glottis, más agudo es el sonido; cuanto más se ensancha más grave es la nota. Pero en la glottis no se forman mas que sonidos inarticulados; las diferentes *vocales* y *consonantes* se producen por el juego combinado de la *faringe* y de las *cavidades bucal y nasal*.

Tal es el conjunto del organismo humano.

No tenemos necesidad de agregar que, por sus funciones *intelectuales*, el hombre ocupa el rango más elevado en la escala animal; por la palabra y por la escritura posee los dos medios más perfeccionados, para comunicar su pensamiento á sus semejantes con los cuales vive en sociedad.

Por muy imperfecta y por muy variable que sea la moral humana en los diversos pueblos, el hombre ha tenido necesidad de establecer leyes y reglas que respeten los miembros de una nación con el fin de guardar en lo posible los intereses de cada uno.

Conforme el hombre, que es susceptible de perfeccionamiento, llegue á un grado de perfección más elevado, las instituciones humanas tenderán cada vez más á conservar el bien común.

Clase de los Mamíferos

CARACTERES GENERALES —*Los mamíferos son Vertebrados de temperatura constante bipedales casi todos y que tienen mamas.*

La clase de los mamíferos, colocada en el primer grado de la escala animal, comprende los seres cuyas facultades son más múltiples y mas variadas. Su nombre significa portador de mamas. Todos, en efecto, tienen, bajo la piel del pecho ó del vientre, esos aparatos que, en las hembras que tienen hijos, están llenos de leche, líquido que sirve de único alimento á los recién nacidos. El número de mamas es generalmente proporcional al de los nacidos en cada parto.

La posición ocupada por los aparatos de lactación es muy variada; las mamas son pectorales en el hombre y en el vampiro; abdominales en el perro y las de la ballena están colocadas á cada lado del ano.

Estos animales tienen cuatro miembros, y durante su progresión, el mayor número de ellos sostienen su cuerpo mas alto que el nivel del suelo.

Este método de movimiento constituye la marcha de la cual la carrera no es más que una modificación. Algunos, como el vampiro, tienen sus extremidades arregladas de modo que puedan sostenerse en el aire y volar como los pájaros; otros, como la foca nadan, y, cuando salen del agua, se mueven arrastrando su cuerpo sobre el suelo, es decir á manera de reptiles; pero aunque vivan en el agua no son por eso verdaderos animales acuáticos puesto que so pena de perecer asficionados, tienen que salir á respirar al aire libre.

Casi todos los animales de este grupo son pilíferos, es decir que tienen pelos pero hay algunas excepciones á esta regla: el elefante y la ballena no son pilíferos es decir que su piel no tiene pelos.

Su alimentación es muy variada; se llaman *omnívoros*, si á semejanza del hombre, se alimentan de todo; *carnívoros*, si comen presa viva; *piscívoros* cuando se alimentan de peces; *herbívoros* si comen yerbas; *fructívoros* si comen frutas.

CUADRO DE LA DIVISIÓN DE LOS MAMÍFEROS EN ÓRDENES

Que no tienen huesos marsupiales	Que tienen 4 miembros unguiculados	Que tienen 4 miembros unguiculados	Que tienen huesos marsupiales
{ Unguiculados Con dentición completa { Sin manos (Carnívoros) { Con incisivos Sin incisivos. { Dedos de más de 2 libres en trompa { Dedos de 2 número { Dedos de 1 miembros solamente. { Sin cloaca { Con cloaca	{ Con manos { Sin manos { Con incisivos Sin incisivos. { de más de 2 { de 2 { de 1 miembros solamente. { Sin cloaca { Con cloaca	{ Orbitas completas — 1.º Orbitas incompletas — 2.º { Que vuelan 3.º Que cavan la tierra — 4.º Que caminan 5.º Que nadan 6.º 7.º 8.º 9.º 10.º 11.º 12.º 13.º	{ Primatos (Hombre) Lemurídeos (Makis) { Quirópteros (Vampiros) Insectívoros (Topo) Carnívoros (León) Anfíbios (Foca) Roedores (Ratón) Desdentados (Hormiguero) Proboscídeos (Elefante) Paquídermos (Jabalí) Rumiantes (Carnero) Solípedos (Caballo) Pisciformes (Ballena) 14.º Marsupiales (Kanguro) 15.º Monotremos (Ornitorinco)

Observación.—Se vé que la división de los mamíferos en órdenes está basada en la conformación del esqueleto y particularmente en la conformación de los dedos y de la dentadura y algunos otros caracteres fáciles de apreciar, como la presencia de una trompa ó de una cloaca.

Para entender mejor el cuadro de la división de los mamíferos en órdenes necesitamos dar algunas explicaciones.

HUESOS MARSUPIALES—Observando á los mamíferos se ve á primera vista que ellos se dividen en dos grandes grupos; unos que poseen huesos marsupiales y otros que no los tienen.

Los huesos marsupiales son dos que están colocados debajo del pubis, como lo muestra la figura 116 que representa el vacío del *kanguro*. En este animal esos huesos están colocados en las paredes del bajo vientre y sostienen un bolsillo que depende de la piel rodeando las mamas colocadas en esta región. Los pequeños kanguros están en este bolsillo después que nacen, mientras maman.

NÚMERO DE MIEMBROS—Se ve también que todos los mamíferos, excepto los del orden 13º tienen 4 miembros, lo mismo que todos los vertebrados, salvo algunas excepciones poco numerosas (las serpientes por ejm). En los Cetáceos, los miembros que corresponden á los brazos existen solos, y los miembros posteriores están suplidos por una nadadera horizontal.

UNGUIULADOS Y UNGUICULADOS—Los mamíferos que tienen los dedos provistos de uñas pero que no dan la vuelta á todo el dedo pulgar, como se observa en el hombre el perro, etc., son llamados *unguiculados*. Aquellos cuyas uñas recubren toda la vuelta del dedo y forma lo que se llama un *vaso* como se ve en el caballo, el buey etc., son llamados *ungulados*. El caballo no tiene más que un dedo en cada miembro, el buey tiene dos, el rinoceronte tiene tres, el puerco cuatro.

MANOS Y PATAS—Únicamente el hombre y los monos poseen manos. Se le dá este nombre al órgano que está al fin de los miembros y compuesto de un cierto número de partes distintas llamadas *dedos*, de los cuales uno llamado *pulgar* puede oponerse á los demás: este dedo puede colocarse delante de los otros, de modo que la mano sea transformada en una pinza; cuando ningún dedo puede oponerse á los otros el órgano que termina al miembro no recibe el nombre de mano. El hombre tiene dos manos en los miembros torácicos (brazos) y casi todos los monos tienen cuatro manos, una en cada extremidad.

MODO DE LOCOMOCIÓN—Casi todos los mamíferos caminan, es decir que, cuando se mueven, las piernas sostienen al cuerpo fuera de la superficie del suelo.

Pero hay algunos, como el vampiro, que vuelan; en este caso los dedos de los miembros torácicos adquieren una gran longitud y están unidos entre sí por la piel, lo mismo que en un paraguas, las ballenas están unidas por el tegido ó género.

Otras veces el animal se arrastra, es decir, que su cuerpo no puede moverse sin que su vientre se arrastre por el suelo; entre los muchos mamíferos que se arrastran citaremos los *Anfibios (focas)* cuando no están en el agua y los *Cavadores* como los *topos*.

Los animales que cavan la tierra, tienen los miembros cortos y puestos á los lados del cuerpo. disposición muy favorable para separar la tierra que horadan y que también se observa en los *Reptiles* como la *tortugas* y los *cocodrilos*.

En los *nadadores*, los miembros están colocados, lo mismo que en los cavadores, á los lados del cuerpo, y ejecutan movimientos análogos á los de los remos á cada lado de un bote.

CLOACA.—No nos falta más que dar la explicación de esta palabra, para que el cuadro esté explicado en todos sus detalles.

Los *monotremados*, solamente tienen una cloaca (como todos los pájaros) entre los mamíferos.

La *cloaca* es una cámara que se abre al exterior en un orificio colocado debajo de la cola. Sobre las paredes de esta cámara desembocan: 1º. por el ano, el *canal digestivo*; 2º. el *canal urinario*.

En los demás mamíferos la emisión de los excrementos y de la orina se efectúa por comunicación directa con el exterior.

En la clasificación que hemos adoptado, los monos y el hombre están juntos en el mismo orden.

En efecto, si verdad es que el pulgar puede oponerse á los demás dedos de los cuatro miembros en los monos, no es exacto que las extremidades inferiores sean verdaderas manos; éstas son mejor piés con dedo pulgar oponible.

De donde resulta que, salvo la posición vertical que distingue al hombre del mono, no hay caracteres diferenciales tan marcados para que tengamos que colocarlos en órdenes diferentes.

Orden de los Primatos

Este grupo no comprende más que á los hombres, caracterizados *por el lenguaje articulado, por la inteligencia más elevada, por la posición vertical y plantigrada, por la presencia de dos manos solamente en los miembros torácicos, mientras que los miembros abdominales se terminan por los pies con dedos cortos.*

El hombre está también caracterizado por la salida de la barba, por la menor longitud de los miembros torácicos en comparación con los inferiores, por el gran desarrollo del cráneo que domina y hace caer la cara hácia adelante en la región frontal

DIFERENTES TIPOS HUMANOS.—No todos los hombres se parecen (blancos, negros); pero hay una semejanza muy grande entre los que habitan una misma comarca.

El estudio de las diferentes razas humanas es el objeto de una ciencia especial, la *antropología*, subdividida en varias ramas.

ANTIGUEDAD DEL HOMBRE.—La ciencia no aprende nada sobre el origen del hombre, pero ella permite reconocer que su existencia es anterior á los orígenes de la historia.

Por mucho tiempo la superficie de nuestro globo ha sido habitada por animales que, en su mayoría, no existen hoy y que el hombre no ha visto vivos.

Un gran número de períodos geológicos, teniendo cada uno, una duración de un número limitado de siglos, se han sucedido antes de la aparición del hombre. Estos períodos geológicos están cronológicamente divididos como sigue: 1.º Epoca primaria; 2.º Epoca secundaria; 3.º Epoca terciaria; 4.º Epoca cuaternaria ó actual.

De numerosos y recientes trabajos resulta que el hombre ha debido aparecer á fines del periodo terciario, y se ha podido reconstruir la historia del género humano durante la época geológica actual.

(Continuará).



ECOS UNIVERSITARIOS

Para el número próximo.—Hemos recibido un artículo del Sr. Sosa, replicando al publicado con el título de «Un tributo inmerecido» en el número del 30 de Junio. Además el Sr. Millot y Grané ha contestado al Sr. Ferrando. Por falta de espacio no van ambos artículos en éste. Irán en el próximo.

Erratas—En el número anterior, página 182 (2ª. columna) se deslizó una omisión que deseamos subsanar. Debajo de la frase:

Algunas lecciones á la juventud

Fatan las palabras siguientes:

Y, á pesar de su toga se le escuchaba

También en el artículo Los Detractores, se han deslizado algunos errores que deseamos salvar.

En la página 176, segunda columna, donde dice: «pues, si bien es cierto que el acatamiento de éste etc.» debe leerse, pues si bien es cierto el acatamiento de éste etc.

El párrafo de la segunda columna de la página 177 que dice: «El ha tenido lunares como todos sus coetáneos, pero ellos han sido cubierto con sus servicios eminentes, con la sinceridad» debe continuar diciendo con la sinceridad de su móviles y con los levantados y sacrosantos ideales que siempre sustentó.

Más abajo donde se lee: «en la cual ha marchado de consecuencia por efecto natural de la democracia», debe leerse, en la cual ha marchado en consecuencia por efecto, etc.

En la página 178 donde dice: «y adquirir condiciones para darle brújula debe decir, y adquirir condiciones propias, etc.

En uno de los párrafos finales donde se lee: «Allí, en fin, donde la naturaleza, como todos los hombres» debe leerse: Allí en fin, en donde toda la naturaleza, como todos los hombres,, etc.